Carmen Sallés

mujer de fe, esperanza y amor.

María Asunción Valls Salip, rcm.

María Asunción Valls Salip, rcm.

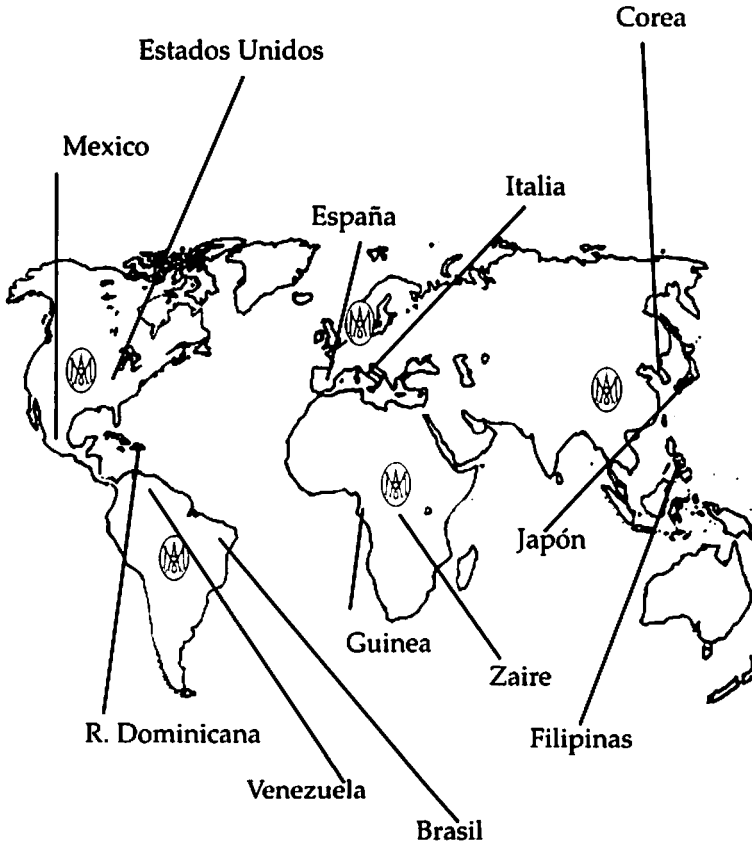
CARMEN SALLÉS

mujer de fe, esperanza y amor.

Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza
Madrid 1996

Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza
Casa General, Princesa, 19 28008 Madrid

Depósito legal:
TO/280-97
Impreso en España



La Congregación en el Mundo

PRESENTACIÓN

"Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". (Mt. 5, 48). Este mandato de Jesús que tantos cristianos han llevado a la práctica a lo largo de los siglos, lo vivió también M. Carmen Sallés y Barangueras, nuestra Fundadora. Esto es lo que recientemente ha ratificado la Iglesia, que por mediación de SS. Juan Pablo II proclamó la heroicidad de sus virtudes, el 17 de diciembre de 1996.

Las páginas de esta obra que hoy presentamos quieren ser un canto de gratitud al Señor, porque este acontecimiento ha sido para las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza y para cuantos conocen y aman a Carmen Sallés un motivo de alegría, un tiempo de gracia que el Señor nos ofrece para que contrastemos nuestra vida con la de ella, para que reflexionemos sobre su camino de santidad, sobre su respuesta fiel y generosa a la iniciativa de Dios, pues El nos llama también a nosotros, como a M. Carmen, a la "plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad". (LG 40, 2).

Carmen Sallés inauguró un nuevo camino de santidad en la Iglesia. Ella, movida por el Espíritu, encarnó y dio vida a un estilo peculiar de vivir el amor a Dios y al prójimo, la fe y la esperanza teologales, así como el seguimiento e identificación con Cristo, a través de la castidad, pobreza y obediencia, y de las demás virtudes cristianas. Todo ello lo

vivió desde la perspectiva y a la luz de María Inmaculada, "a imitación de la Purísima Virgen", según ella misma expresaba. La santidad de M. Carmen es "al estilo de María Inmaculada", como lo fue todo en su vida, pues María, en el misterio de su Concepción Inmaculada, es el punto focal del carisma que el Espíritu inspiró a Carmen Sallés para hacerlo don para toda la Iglesia; y es ese carisma el que marcó toda su vida y misión, su camino de santidad.

A través de estos folletos, M. Asunción Valls Salip describe en breves y sugerentes pinceladas cómo vivió M. Carmen cada una de las virtudes y cómo fue creciendo en ellas a lo largo de su vida, siempre abierta a la acción del Espíritu, como María Inmaculada; siempre dispuesta a responder con fidelidad dinámica y amor generoso a lo que el Señor le iba mostrando como su Voluntad. Así, M. Carmen pudo llegar a hacer suya la expresión de San Pablo: "Vivo yo, mas no yo; es Cristo quien vive en mi" (Gal. 2, 20). Ella hizo realidad también -en la medida que el Señor deseaba para ella- lo que María Inmaculada alcanzó con toda plenitud: "ser santa e inmaculada ante El por el amor" (Ef. 1,4).

La figura de Carmen Sallés es una nueva luz en la Iglesia que nos impulsa a seguir al camino de santidad al que Dios nos llama, guiados por su ejemplo, por su experiencia de Dios, por el carisma y espiritualidad Concepcionista que ella vivió y nos transmitió. Todos podemos aprender de su itinerario espiritual, cada uno según su propio estado de vida. Todos podemos vivir hoy el seguimiento de Cristo y su Evangelio, el amor a Dios y al prójimo, según el modelo que M. Carmen encontró en María Inmaculada, ese "modelo santo de la criatura más perfecta que salió de manos del Creador, la Virgen María...", según M. Carmen expresaba.

Deseamos que esta obra nos ayude a conocer mejor a Carmen Sallés y nos sirva de preparación para su beatificación, ya que confiamos ver también pronto culminado ese nuevo paso en su proceso de canonización. Que María Inmaculada nos ayude a seguir sus huellas y a ser las continuadoras de su obra para contribuir con nuestra vida a instaurar la "civilización del amor", haciendo posible, como quería M. Carmen, "el bienestar de las familias y la felicidad de los pueblos".

M. María Mateu, rcm
Superiora General

La heroicidad en la virtud

Desde los antiguos relatos mitológicos hasta la novela y el cine actuales, se nos ha venido presentando la figura del HEROE como un ser especial, autor de grandes hazañas imposibles para el resto de los mortales, y capaz de vencer dificultades extraordinarias, pero siempre exteriores y ajenas a él mismo.

El concepto de HEROISMO propio de la teología de la santidad, en el ámbito cristiano, poco o nada tiene que ver con tales gestas. Antes al contrario, "todos y cada uno, a su modo, están llamados al heroísmo y son capaces de vivirlo: los niños que, al llegar a la edad de la razón, se hacen poco a poco capaces de ordenar su vida según la caridad que el Espíritu Santo difunde en sus corazones; los adolescentes que, con conocimiento de causa siempre mayor, descubren la belleza de la existencia, pero también sus dificultades; los hombres y las mujeres que sienten el peso de la jornada, pero saben también que están llamados a vivirla serenamente y con gran sentido de la responsabilidad; los ancianos, a los cuales el mundo ya no tiene nada que ofrecer, pero que deben afrontar aún el encuentro con el Señor en el momento de la muerte, cuando cada uno sienta en el fondo que ha sido un servidor inútil y que sus manos están vacías..." [1].

Sólo excepcionalmente se presenta la necesidad de realizar opciones que exijan actuaciones extremas, momentáneas y decisivas. Excepción que también está presente en nuestros días mediante el testimonio de no pocos mártires de la fe, de la caridad, de la justicia... Pero lo

1. MOLINARI, *Heroísmo, en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, n. 11, p. 586, Ed. Paulinas, Madrid, 1986.

habitual, lo cotidiano, está más cerca de la definición que hace José Mª Pemán de la santidad: "es hacer, sencillamente, lo que tenemos que hacer"; o de la expresión empleada por San Juan Berchmans: "Mi mayor penitencia es la vida común". Ahí es donde se realiza el proceso de configuración con Cristo que exige el heroísmo cristiano, tal como lo vemos realizado en M. Carmen, de quien el Teólogo Consultor II destaca que, sin que haya "cosas verdaderamente excepcionales en su vida, sin embargo, el conjunto de su vida y de sus obras indican el ejercicio constante y heroico de la virtud" [2].

Y esa asimilación es tarea del cristiano de cualquier edad y condición; por consiguiente, de todos y cada uno de los miembros de la familia concepcionista. La declaración, hecha por la Iglesia, del grado heroico en la vivencia de las virtudes por parte de Carmen Sallés, no hace sino mostrarnos un modelo cercano y asequible, válido para sus hijas, pero también para aquellos que -como gustaba ella de decir- la Divina Providencia ha encomendado a su influencia apostólica.

En el caminar esperanzado hacia su canonización, bien puede servir de aliento y estímulo el contenido del nº 828 del Catecismo de la Iglesia Católica: "... los Santos y las Santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles de la historia de la Iglesia... porque la santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero". Así lo entiende el I Teólogo Consultor cuando afirma: "A nuestro juicio, la figura de esta fundadora ofrece elementos de gran actualidad para el bien de la Iglesia

2. *Relatio et Vota*, p. 30.

y concretamente de la vida religiosa femenina. Es un ejemplo de cómo la fe valerosa y el ardiente amor de una mujer pudo abrir en la Iglesia caminos de santidad y de fecundo apostolado en medio de mil dificultades y contradicciones. Su ferviente amor a María Inmaculada está en la base de un profundo apostolado para la elevación humana y cristiana de la mujer" [3].

Porque, realmente, M. Carmen sirvió de ejemplo a sus hermanas que la tenían por santa[4], pues les bastaba -dicen- con mirarla, para percibir su influjo sobre ellas [5]. Incluso alguna cuenta que veía a todas las Madres antiguas destacando por su virtud, pero M. Carmen "las practicaba todas de manera que se ponía de relieve por encima de las demás" [6].

Otro tanto experimentaron quienes la trataban desde fuera del Instituto, como aquel religioso escolapio, el P. Pulpón, que, a poco de su muerte, escribía:

"Tú ignorabas, Madre Carmen,
(no es pecado tu ignorancia)
lo mucho que tus virtudes
en pos de ti me arrastraban..." [7]

También seglares de toda condición, "lo mismo los médicos que militares, hombres que mujeres, gente de

3. *Relatio et Vota*, p. 15.
4. TEST. 51, *Summ.*, p. 183
5. TEST. 17, *Summ.*, p. 108.
6. TEST. 1, *Summ.*, p. 18.
7. PULPON, SILVINO, Sch. P., *"A la memoria de la Rma. M. Carmen Sallés de Jesús"*, Madrid, 1911, p. 13.

posición y gente modesta, todos nos decían que habíamos perdido a una santa"[8]. No pretendemos en absoluto ni anticipar ni prejuzgar el parecer de la Iglesia sobre estas opiniones. El propósito de estas páginas es comentar la declaración ya realizada por Su Santidad acerca de las virtudes de la Venerable M. Carmen de Jesús Sallés, para contribuir a la renovación y al nuevo ímpetu arriba citados, contando con la acción insustituible del Espíritu Santo. Y confiando en la intercesión de quien prometió velar desde el cielo por cada una de sus hijas concepcionistas. Aunque..., ¿puede dudar alguien que la conozca un poco, de que no sabrá quedarse solamente en ellas? **Es a toda la familia concepcionista, es, en definitiva, a la Iglesia, a quien esperamos que el testimonio de las virtudes de M. Carmen ayuden a crecer en la fe, en la esperanza y en el amor.**

8. TEST. 1, *Summ.*, p. 8.

INDICE

EL HEROISMO DE VIVIR LA FE DIA A DIA: 17

1. La fe, don de Dios, respuesta humana. 17
2. Los fundamentos de su fe. 20
3. Los contenidos de su fe. 25
4. El alimento de su fe. 30
5. La irradiación de su fe. 33

EL HEROISMO DE ESPERAR AUN CONTRA TODA ESPERANZA: 37

1. La virtud del camino. 37
2. La tensión escatológica. 41
3. Apoyada en la Divina Providencia. 45

EL HEROISMO DE AMAR SIN LIMITES: 49

I - AMAR A DIOS 49

1. La experiencia del amor. 49
2. La respuesta del amor. 53
3. ¿Quién es el que ama? 56
4. El amor, fuente de temor y de dolor. 59
5. La experiencia del perdón. 61

II - AMAR AL PROJIMO 65

1. El amor se hace redentor. 65
2. El amor se hace solidario. 69
3. El prójimo más próximo. 71
4. El prójimo más lejano. 74

"Su vida espiritual, centrada en Cristo, está alimentada por una vida de oración que penetra y fecunda todo el arco de su existencia y sus actividades"

(Teólogo Consultor III)

El heroísmo de vivir la fe día a día

1. La fe, don de Dios, respuesta humana.

Cada mañana, el puñado de las primeras concepcionistas agrupado en torno a Carmen Sallés, iniciaba el día con esta oración: "Dios mío, yo os ofrezco este día que voy a empezar..". Pero, al yo ofrezco inicial, añadían la confesión de su insuficiencia: "Acabad, Señor, por vuestra gracia, lo que habéis empezado por vuestra misericordia".

Esta conciencia de la gracia como don gratuito, recibida, decía M. Carmen, "gracias a la bondad y misericordia de nuestro celestial Esposo", era lo que la conducía a responder con generosidad a "ese Señor que tanto nos ha regalado y tan espléndido se ha mostrado" [9].

En su carta del 15 de octubre de 1900, explicaba cómo entendía la respuesta que cabía dar. Por un lado, "abismarse", pero sin quedarse ahí, sino, además, "dejándose llevar por los impulsos de la gracia..", como explica el Teólogo Consultor III: "Tal amor gratuito la llevó a sentirse estimulada a corresponder generosamente a este amor divino, recibido y descubierto como historia de salvación a lo largo de su vida, intentando amarle según su vocación y agradándole en todas las cosas" [10].

9. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 30.05.1909, p. 405.

10. *Relatio et Vota*, p. 36.

Porque estos son los dos aspectos de la fe que nos presenta el Catecismo de la Iglesia Católica y con los que M. Carmen coincide: "La fe -leemos en el nº 153- es una gracia... un don de Dios, una virtud sobrenatural... que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad". Y sigue: "La fe es un acto auténticamente humano... en la fe, la inteligencia y la voluntad humanas cooperan con la gracia divina". A su vez, ella se sentía ansiosa por corresponder a las gracias recibidas, "rendirle gracias... y aprovecharlas... para unirse cada día más con el celestial Esposo" [11].

Hablaba del día a día, porque bien sabía que el santo no nace, se hace; no a fuerza de voluntarismo, sino de apertura y disponibilidad: "Conocedoras de los altos designios que Dios tiene sobre nosotras, esforcémonos por hacernos dignas y aptas para llevarlas a glorioso remate".[12] Hacerse, pero..., ¿cómo? Anticipando la enseñanza del Vaticano II acerca del divorcio entre la fe y la vida diaria, que el concilio considera " uno de los errores más graves de nuestra época"[13], y que Carmen Sallés unía a base de aquella curiosa mezcla de coraje y confianza que sintetizaba así en los momentos fundacionales: "Es voluntad de Dios, vamos a Burgos y allí lucharemos con lo que se presente. Y Dios proveerá"[14]. "Para ello - continúa el Teólogo arriba citado - hizo de la fidelidad a la voluntad de Dios otro de los centros unificadores de su existencia. A lo largo de su vida se descubre un constante empeño de discernimiento de la voluntad de Dios, de

11 .SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 15.10.1900, p. 400.

12. SALLES, CARMEN. *Summ.*, Carta del 30.05.1909, p. 404.

13. CONCILIO VATICANO II, GS nº 43.

14. Cfr. GUTIERREZ ROGELIO, Sch. P., *"Vida de la Rma. M. Carmen Sallés de Jesús"*. Madrid 1917, p. 105.

demanda de luz y de ayuda en actitud de escucha, de modo particular en los momentos delicados".

Imitemos el coraje que caracterizó a Carmen Sallés y enfrentémonos sin miedo ni cortapisas a este interrogante: ¿Cómo se traduce mi fe, en mi vida diaria?

2. Los fundamentos de la fe.

"Su fervor por la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura y en el Magisterio de la Iglesia era patente"[15] . De ahí arrancaba la certeza de su fe apoyada en la palabra misma de Dios a la que acudía con frecuencia, a pesar de no ser práctica habitual en su tiempo; hubiera extrañado menos su interés por establecer la obligación de leer y comentar el Evangelio siguiendo la distribución dominical[16], pero lo verdaderamente llamativo es su conocimiento del Antiguo Testamento, frecuentemente citado por ella.

También refleja en las cartas circulares que nos han llegado, entre el escaso número de escritos suyos conservados, la huella dejada por las enseñanzas de los Romanos Pontífices: León XIII en carta del año 1900, San Pío X en la de 1904, pueden servir de ejemplo y, además, explicar esa actitud afanosa que mostraba por conocer tanto el texto de la Escritura como el Magisterio eclesial, de la que nos hablan numerosos testigos. Pero no era solamente afanosa su actitud, sino también de pleno acatamiento al recibir, como pedía a sus religiosas que recibieran, "todas las enseñanzas que la Iglesia nos suministra", sin dejar de explicar las razones en que se apoyaba su aceptación: "Nos hacía ver cómo estas doctrinas deberíamos recibirlas como ciertas en cuanto que ciertamente eran doctrina de Dios... y no únicamente por motivos humanos"[17] . De nuevo, la claridad de su pensamiento se vería refrendada en nuestros días por el Catecismo de la Iglesia Católica, esta vez en su nº 156: "El motivo de creer no radica en el hecho de que las verdades

15. TEST. 14, *Summ.*, p. 88.
16. TEST. 1, *Summ.*, p. 10.
17. TEST. 14, *Summ.*, p. 89.

reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón natural. Creemos a causa de la autoridad misma de Dios que se revela y que no puede engañarse ni engañarnos".

Adherirse plena e incondicionalmente a la doctrina de la Iglesia, implicaba necesariamente la lealtad a las personas concretas que en cada momento eran depositarias de la función magisterial. Por consiguiente, la misma y "especial veneración a la Palabra de Dios contenida en los libros divinamente inspirados", la llevaba también a "aconsejar esta fe y devoción hacia la persona del Vicario de Cristo y al Episcopado"[18].

La expresión de "Vicario de Cristo" es la que con más frecuencia empleaba, poniendo así de manifiesto la función mediadora entre Cristo y la Iglesia que M. Carmen consideraba primordial en el servicio del Papa a esa misma Iglesia. Con motivo de los ataques que ésta, en general, y la persona del Romano Pontífice en concreto, padecieron con motivo del año jubilar de 1900, recordaba el pasaje evangélico de la tempestad calmada y escribía: "Roguemos amadas hijas por la Santa Iglesia, para que el Señor calme otra vez ese mar que, cual el de Genesareth, levanta sus embravecidas olas y amenaza furioso la obra divina, y tan fieros embates da a la piedra angular y al que es su Vicario"[19]. Pocos años después, ya en el pontificado de San Pío X, cuando recibía el Decreto de Alabanza de la Congregación, su reacción fue repetir una y otra vez, de palabra y por escrito: "El Esposo de vuestras almas os ha otorgado por medio de su Vicario...", "El Señor, por medio de su Vicario..." [20]

18. TEST. 13, *Summ.*, p. 72.

19. *Summ.*, p. 400.

20. *Summ.*, carta del 30.05.1909, p. 403.

Esta veneración la hacía extensiva a obispos y sacerdotes. Entre los primeros no faltó alguno que pusiera obstáculos a sus proyectos; sin embargo, la conciencia de que era el mismo Dios quien se le manifestaba en ellos, la llevaba a exclamar: "No os extrañéis, Dios se vale de todos estos medios para sus más altos fines"[21]. Y atajaba así cualquier conato de queja o de crítica entre las religiosas. En cuanto a los sacerdotes, de tal manera exaltaba la dignidad de su estado, que solía decir sería poco besar el lugar por donde uno de ellos pasara; ella misma, siempre que veía entrar a un sacerdote, inmediatamente se ponía en pie y le saludaba besándole la mano con todo respeto[22]. Estas actitudes motivan el comentario del I Teólogo Consultor: "Su fe se muestra muy atenta a la Palabra de Dios y deseosa de instrucción sólida y no de devociones convencionales"; por ello mismo admira "su ejemplo de fidelidad a la Iglesia y a la autoridad eclesiástica, más allá de las personas. Como fundadora tuvo contradicciones venidas del campo eclesiástico, pero siempre la vemos humildemente atenta a seguir el parecer de los obispos. Ninguna debilidad humana de las personas de Iglesia crea en la sierva de Dios dudas, o perplejidad, o resentimiento"[23].

Su fe, viva e ilustrada, es el resultado de tres factores: ante todo, como señalábamos, el don de Dios; también, la respuesta humana; pero añadamos el contexto familiar, social y cultural, en que hubo de crecer y desarrollarse. "La familia Sallés-Barangueras... fue en los primeros ocho años la primera fuente y escuela de la formación humano-cristiana de Carmen. Después recibió el complemento en el colegio de

21. TEST. 1, *Summ.*, p. 10.
22. TEST. 14, *Summ.*, p. 89.
23. *Relatio et Vota*, p. 11.

La Enseñanza, donde su madre se había educado"[24]. La fe de Carmen Sallés, por consiguiente, es también la fe recibida de sus padres y de sus educadores en una época en que ésta, especialmente en la mujer, era más sensiblera que ilustrada.

Y en un ambiente de oposición política y social a los valores religiosos; y con una prensa radicalizada en posturas con frecuencia de claro anticlericalismo; sin contar con los debates en las Cortes donde, particularmente con la recurrente discusión sobre las sucesivas leyes de asociaciones, los ataques a los religiosos no eran infrecuentes.

Herencia recibida, ambiente, respuesta personal... La niña que de pequeña, sentada sobre las rodillas de su madre, va aprendiendo el catecismo; la adolescente que escucha atenta los comentarios de su padre - miembro de una familia de talante liberal moderado, y de participación activa en la vida ciudadana- acerca de los acontecimientos políticos, y aprende a valorar, a formar el propio criterio... Es también la muchacha que está en condiciones de responder con energía al librepensador que niega en su presencia algún aspecto del magisterio eclesial[25]. Y la mujer consagrada capaz de oponerse a los manejos de los gabarronistas -masones que divulgan en la prensa y la escuela su credo religioso-político - evitando que consigan hacerse con la escuela de niñas en Alella (Barcelona)[26]. Y capaz, también, de una respuesta espontánea y rápida cuando, ya en Madrid, se le acerquen amenazantes, unos obreros:

24. TEOLOGO CONSULTOR IV, *Relatio et Vota*, p. 37.
25. TESTS. ESCR. 8, *Summ.*, p. 224.
26. TESTS. ESCR. 8, *Summ.*, p. 225.

- "Van a rodar muchas cabezas..."
- "¡No será tanta nuestra suerte!"[27]

La herencia recibida, para aquellos que nos miramos en su ejemplo, puede ser diversa, pero... ¿cuál estamos transmitiendo, cuál vamos a transmitir?.

El don de Dios, es gracia que se nos infunde ya desde el bautismo y crece con la respuesta personal, con la fidelidad al don.

El ambiente, hoy, no es más difícil del que sirvió de contexto a la vida de Carmen Sallés.

Lo que de nosotros depende, es la íntima disposición a mantener y vivir íntegramente las enseñanzas de la fe, conociendo y aceptando tanto las verdades reveladas como las enseñanzas recibidas a través del magisterio de la Iglesia.

27. TEST. 9, *Summ.*, p. 57.

3. Los contenidos de su fe

¿Qué creía M. Carmen? Responde M. Piedad Espinal: "Todas las verdades de nuestra religión"[28]. Cambiemos la pregunta: ¿En Quién creía? Si Jesús mismo hubiera dirigido a Carmen Sallés la cuestión que un día planteó a sus discípulos: "Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?" (Mc 8, 29), ella habría dado una respuesta bien concreta: El Esposo de mi alma. Porque así era como hablaba de El: "El Esposo de vuestras almas os ha otorgado... una nueva gracia... Brille en nosotras un amor grande al Esposo celestial que tanto nos ama"[29]. Porque "la idea clave para la comprensión de la vida de la M. Carmen, vivida enteramente en la fe, se expresa -a juicio del IV Teólogo Consultor - en la centralidad de Cristo en su vida espiritual"[30].

Este Jesús, en quien Carmen creía, es Dios y Hombre. Como Dios, lo contemplaba en el misterio de la Sma. Trinidad, de modo que su piedad, calificada de "ordenada", lo anteponía a cualquier actividad devocional concreta[31]. Como Hombre, seguía a través del ciclo litúrgico los misterios que van de su Encarnación al cumplimiento de la promesa en Pentecostés. Su fe "viva" la llevaba a detenerse con especial delectación en la Navidad y a participar profundamente en los dolores de la Pasión. Y quería que todas sus religiosas experimentaran lo que supone "vivir la vida de Jesucristo en sus diversas etapas - como recuerda M. Piedad-, haciéndonos compañía suya, tanto cuando El estaba en Nazareth, como después, en sus diversas actividades y últimamente en los trances de la Pasión"[32].

28. TEST. 13, *Summ.*, p. 70.
29. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 15.10.1908, p. 403.
30. *Relatio et Vota*, p. 43.
31. TEST. 7, *Summ.*, p. 54.
32. TEST. 13, *Summ..*, p. 71.

Hacerse compañía suya..., ése había sido su deseo desde su juventud. Presente todavía en el ambiente familiar, ya percibían sus hermanos "aquel aire de andarse en la presencia de Dios, que se exteriorizaba en su modo de obrar"[33]. El deseo se le fue cumpliendo a medida que se acercaba a la experiencia de la presencia eucarística. Si frecuentes fueron sus visitas a la Iglesia en su juventud, la vida religiosa hizo posible que habitara bajo el mismo techo que su Esposo; esa sería, ya fundadora, su primera preocupación al abrir una casa: preparar una capilla y obtener los debidos permisos para que en ella se celebrara la Eucaristía y se tuviera el Santísimo reservado. Y cuando las normas establecidas por San Pío X la permitieron comulgar a diario, "no había para ella mayor consuelo que recibirle en la Sagrada Comunión"[34]. De su participación en la Misa, hablaba emocionada la Hª Ignacia Olasagarre, que la había visto seguirla "con tal devoción y afecto, que me servía a mí de gran edificación y aún lo recuerdo hoy emocionada, sin poderlo remediar"[35].

Pero este Jesús es, también, hijo de María. Y María es la mujer preparada por Dios desde la eternidad, para asociarla íntimamente a la obra de la Redención. Toda la vida y misión concepcionistas fueron contempladas por M. Carmen a través de este prisma: "... mediante Nuestro Señor... a imitación de la Purísima"[36].

Una vez más, la intuición de Carmen Sallés está en plena consonancia con la formulación empleada en nuestros días por el "Catecismo de la Iglesia Católica", lo mismo que desde

33. TESTS. ESCR. 7, *Summ.*, p. 223.

34. TEST. 2, *Summ.*, p. 22.

35. TEST. 16, *Summ.*, p. 101.

36. *Constituciones de las Religiosas Concepcionistas de Santo Domingo*, 1893; cap. I, art. 1º.

la doctrina emanada del Concilio Vaticano II, que lo cita al explicar que la "resplandeciente santidad del todo singular de la que Ella fue enriquecida desde el primer instante de su Concepción (LG 53) le viene toda entera de Cristo: Ella es redimida de la manera más sublime en función de los méritos de Cristo (LG 53). El Padre... la ha elegido en El, antes de la creación del mundo, para ser santa e inmaculada en su presencia en el amor (Ef., 1,4)"[37]. Ante todo, Dios. Son "los méritos de Cristo", no los propios. Y Carmen escribía a sus hijas, citando como solía, es decir, de memoria, el Evangelio: "Digamos pues y repitamos sin cesar con nuestra Madre Inmaculada: Nuestras almas engrandezcan y alaben al Señor, porque miró la humildad de sus siervas y ha hecho cosas grandes en ellas..."[38]. Pero, además, elegida para ser "santa e inmaculada", Ella, "a la que habéis mirado siempre como vuestra verdadera fundadora"[39]. En consecuencia, les pedía a sus hijas una presencia revestida de "pureza y santidad", que fuera "tan sólo señal de la belleza espiritual de sus almas, para así... ser y llamarse hijas de María Inmaculada"[40].

Ahora bien, la devoción a la Inmaculada estuvo muy extendida en la segunda mitad del s. XIX, como consecuencia de la definición del dogma y las apariciones de Lourdes, que tuvieron notorias repercusiones; la primera, en la predicación y el planteamiento de la teología; las segundas, conmovieron la piedad popular, a menudo con una proyección más sentimental que operativa. Pero tampoco podemos olvidar que son numerosas las iniciativas

37. *"Catecismo..."*, nº 492.

38. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 30.05.1909, p. 405.

39. Ibid.

40. *"Constituciones... 1893"*, 1893, cap. I, art. 1º.

apostólicas que aparecen en la Iglesia de este momento, colocándose bajo la advocación inmaculista. Por eso es de gran interés enfocar la mirada hacia la manera en que Carmen Sallés comprendió y experimentó este dogma y esta devoción.

En primer lugar, también ella se dejó conmover por lo que Pablo VI denominaba "la vía de la belleza". A este respecto, comentaba certeramente el P. González Silva CMF, el cambio que se produce en M. Carmen cuando está escribiendo la carta circular de 1908, en un plano más bien doctrinal y teórico, y de pronto, sin transición, entra, con actitud contemplativa, en la descripción de una madre a la que ve "alegre, hermosa, inundada de luz celestial, poderosa, sabia, inmaculada...", dando la impresión de que no pudiera detener el torrente de adjetivos que se le desbordan en el texto, en cuyas líneas anteriores apenas aparecen.

Pero no se quedó en la contemplación admirativa. La última afirmación con que cierra el texto de sus primeras constituciones, es para pedirle a su Señor "las mayores gracias y bendiciones sobre esta congregación que a gloria suya y honor de la Santísima y Purísima Virgen María, sólo se quiere dedicar"[41]. Lo específicamente propio de Carmen Sallés está, por consiguiente, en la proyección que hace de esta "devoción" sobre la misión propia de la concepcionista... Estamos en el núcleo medular del carisma congregacional. M. Carmen consideraba a su congregación, a cada concepcionista, a sí misma, como el "huerto cercado" del Cantar de los Cantares[42], aunque con un personalísimo matiz... Mientras la atribución a María de esta figura bíblica,

41. Constituciones... 1893, *"Atestación y declaración"*

42. Cfr. *C. de los Cantares*, 3, 12.

servía para explicar su apartamiento en soledad con Dios, símbolo de su incontaminación de todo pecado, Carmen Sallés encontró en la misma figura la unión entre pertenencia e identificación, entre consagración y misión, entre liberación del pecado y redención de culpa. Por consiguiente el apartamiento no es entendido por M. Carmen como "fuga mundi", sino como el jardín que, además del Esposo, está poblado por cuantos le han sido encomendados, como gustaba de decir, por la divina providencia, "especialmente las niñas".

Nada más comprometido con el misterio salvador que la pertenencia a este grupo que su fundadora quiso entender y explicar como "Cuerpo Místico de la Inmaculada Concepción". Pero, ¿a qué y cómo compromete a cada miembro de la familia concepcionista, en sus diversos niveles?

4. El alimento de su fe

La fe se nutre en la oración, sea mediante la meditación de sus misterios, sea más allá, en los dominios de la contemplación que, según dice el Catecismo "busca... a Jesús y en El al Padre. Es buscado porque desearlo es siempre el comienzo del amor y es buscado en la fe pura, esta fe que nos hace nacer de El y vivir en El"[43] . Si Carmen le daba a su hermano Buenaventura la impresión de andar en la presencia de Dios cuando se ocupaba en las tareas domésticas, era porque antes, en la intimidad de su alcoba, Melchora, la hermana menor, la había observado madrugando a la plegaria y podía dejarnos referencia de cantidad y de calidad...: "Yo tuve indicación de que había en ella algún extraordinario recibo del cielo en sus largas horas de oración y recogimiento"[44].

Como consecuencia, el II Teólogo Consultor establece que "en la primera parte de su vida se comprueba una gran experiencia de la presencia de Dios alimentada en la oración. En esta línea se puede afirmar con seguridad que ejercitó esta oración con continuidad y siempre con mayor intensidad, hasta llegar a un alto grado de oración contemplativa"[45].

Oración y recogimiento fueron inseparables para ella. Consideraba el interior de cada hermana "como un horno que permanece encendido mientras es alimentado... si se descuida, se apaga". Para cuidar el rescoldo contaba con el silencio, no como mera ausencia de ruido, sino como atención al Dios presente en ella: "El silencio -decía- contribuye en gran manera a conservar el mucho o poco

43. Cfr. *"Catecismo..."*, nº 2079.

44. TESTS. ESCR. 6, *Summ.*, p. 221.

45. *Relatio et Vota*, p. 23.

fervor que se haya tenido por la mañana en la meditación...; abriendo la boca, parece desaparecer muy pronto el fuego que pueda haber en su interior"[46].

Pero no todo se consuma en el silencio porque, aún sin proponérselo, de la abundancia del corazón habla la boca y las hermanas testifican que "era alma de oración y la hacía con tal fervor, y cuando leía lo hacía con tal unción, que me parece estar oyéndola cuando en los días de retiro nos leía los puntos de la meditación. No se conformaba con hacer las dos medias horas que en la comunidad suelen hacerse, sino que ella, de su parte, hacía más larga oración que las demás. Yo creo que gozó del más alto grado de oración..."[47].

A dónde la conducía esta oración lo escribió ella, tan poco dada a las confidencias, en una expresión que se le cayó como de entre las manos, al escribir a las religiosas: "Procuremos nosotras esta unión con la oración, la mortificación y los ejercicios espirituales, para que nuestros gustos, nuestros pensamientos, nuestro querer mismo, estén puestos en Cristo, por Cristo y para Cristo, de tal suerte que podemos exclamar con San Pablo: Vivo yo, mas ya no yo, que vive Cristo en mí"[48]. Sin darse cuenta, acababa de descorrer el velo que celaba su intimidad: "Podemos exclamar... Cristo vive en mí"; "podamos" es a "podemos" lo que el deseo es a la realidad. Más aún que escribiendo, era con la vida como se hacía transparente y era percibida por quienes la trataban: "Al volver de comulgar parecía que no estaba en este mundo, sino ensimismada en Dios nuestro Señor. En aquellos momentos era tal la expresión que notábamos en todo su

46. Cfr. VALLS, A. *"Carmen Sallés, mujer de ayer y de hoy"*, Ed. Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Madrid 1986, pp. 244-245.

47. TEST. 5, *Summ.*, p. 35.

48. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 15.10.1900, p. 400.

continente que... creo puedo afirmar estaba poseída de algo sobrenatural"[49].

Ese algo que la poseía se traslucía también en la intensidad y veneración con que vivía las celebraciones litúrgicas, y en el esmero que ponía y exigía en cuanto hiciera referencia al culto. "Su piedad -nos dicen- era ilustrada y en todo quería que nos ajustásemos a lo permitido por la liturgia"[50]. "El templo mismo -añaden- como casa de Dios era para ella objeto de singular veneración... Su piedad era tan sólida y litúrgica que muchas veces nos decía: "Sensibleras no os quiero. La devoción no consiste en andar encorvadas o con las cabezas torcidas al realizar los actos de culto, sino que hay que tener el corazón en Dios y los ojos bajos, pero la cabeza erguida"..."[51].

"Por la liturgia -dice el Catecismo- el hombre interior es enraizado y fundado (cf. (Ef. 3, 16-17) en el 'gran amor con que el Padre nos amó'(Ef. 2,4) en su Hijo amado. Es la misma 'maravilla de Dios' que es vivida e interiorizada por toda oración, 'en todo tiempo, en el Espíritu' (Ef. 6,18)[52].

Alimentada, enraizada, fundamentada en Dios por una oración y una expresión litúrgicas que, a su vez, se nutrían de lo que hoy llamaríamos "formación permanente" -con su lectura atenta de la Escritura y de los documentos eclesiales- Carmen Sallés pudo proyectar ambas en su vida diaria, haciendo buena la expresión: "Dime cómo obras y te diré cómo oras"...

Nadie precisa explicar si ora y cómo ora... Ya se encargan los demás de descubrirlo, a través de sus obras.

49. TEST. 23, *Summ.*, p. 117.
50. TEST. 14, *Summ.*, p. 89.
51. TEST. 16, *Summ.*, p. 103.
52. *"Catecismo..."*, nº 1073.

5. La irradiación de su fe.

"Su vida espiritual - señala el Teólogo Consultor III - centrada en Cristo, está alimentada por una vida de oración que penetra y fecunda todo el arco de su existencia y sus actividades... Desde este amor al Señor se desarrolló su vocación apostólica"[53].

Desde muy joven, empezó Carmen Sallés a compartir conocimientos y vivencias de fe con los más próximos; primero, con sus hermanos, a los que enseñó a rezar[54] y, sobre todo, a comprender y amar: "Tomaba una estampita - recordaría después su hermana Melchora- y de ella sacaba una explicación tan dulce que me hacía delirar por el cielo"[55].

De los hermanos, al grupo de hijas de María; y, de éstas, a su vocación de educadora. De su permanencia entre las Dominicas recordaba, a sus 72 años, una antigua alumna suya: "Tenía muy bien organizada la enseñanza de la Religión. Hoy mismo, la doctrina que sé, es la que aprendí entonces..."[56].

Después vendría la fundación de la congregación concepcionista, cuya finalidad era valorada por el Papa San Pío X precisamente por su empeño en "instruir a las muchachas... con las armas muy seguras de la fe y la religión"[57] . Esta instrucción nunca la limitó M. Carmen a lo que unos programas oficiales pudieran decir u omitir sobre el tema; antes al contrario, quiso que tuviera un lugar

53. *Relatio et Vota*, p. 31.

54. TEST. 26, *Summ.*, p. 126.

55. TESTS. ESCR. 6, *Summ.*, p. 220.

56. TEST. 44, *Summ.*, p. 170.

57. S.S. PIO X, *"Decreto de alabanza de la Congregación de Religiosas Concepcionistas de la Enseñanza"*, *Summ.*, p. 376.

preferente en sus colegios "aunque no estuviera impuesta por la legislación"[58]. Incluso la asumía personalmente siempre que sus responsabilidades se lo permitían, llamando a las niñas en particular y en grupos[59]. Su gran deseo era que cada alumna llegara a ser lo que el lenguaje de su época designaba como una "señorita cristiana", dotada de "conocimientos y piedad" suficientes para ser "modelo de virtud y conducta cristiana...y nunca desmienta que se ha educado en una casa de María Inmaculada"[60]

Pero había muchas niñas que no oirían hablar siquiera de esa Virgen Inmaculada que Carmen deseaba proponerles por modelo... ¿Qué hacer por los niños que iban captando las escuelas protestantes, a partir de la libertad religiosa otorgada por la constitución de 1869? Como antaño en Alella ante la escuela masónica, también ahora reaccionó con presteza, abriendo clases gratuitas en la calle de San Vicente Baja, de Madrid; en sus proximidades se hallaban la capilla y la escuela protestantes de San Bernardo. Y abrió otro colegio en San Lorenzo de El Escorial porque en la vecina villa escurialense existía también una escuela de esta confesión religiosa[61].

¿Y esos otros niños, utilizados fraudulentamente por sus padres para explotar la piedad popular con la simulación de visiones y apariciones? Ocurrió en Santa Cruz de Mudela. Y lo supo M. Carmen. Lo primero fue cerciorarse; después, comprobada la mixtificación, hablar con la niña protagonista del engaño, para hacerle comprender el alcance de su

58. TEST. 16, *Summ.*, p. 100.

59. TEST. 40, *Summ.*, p. 180.

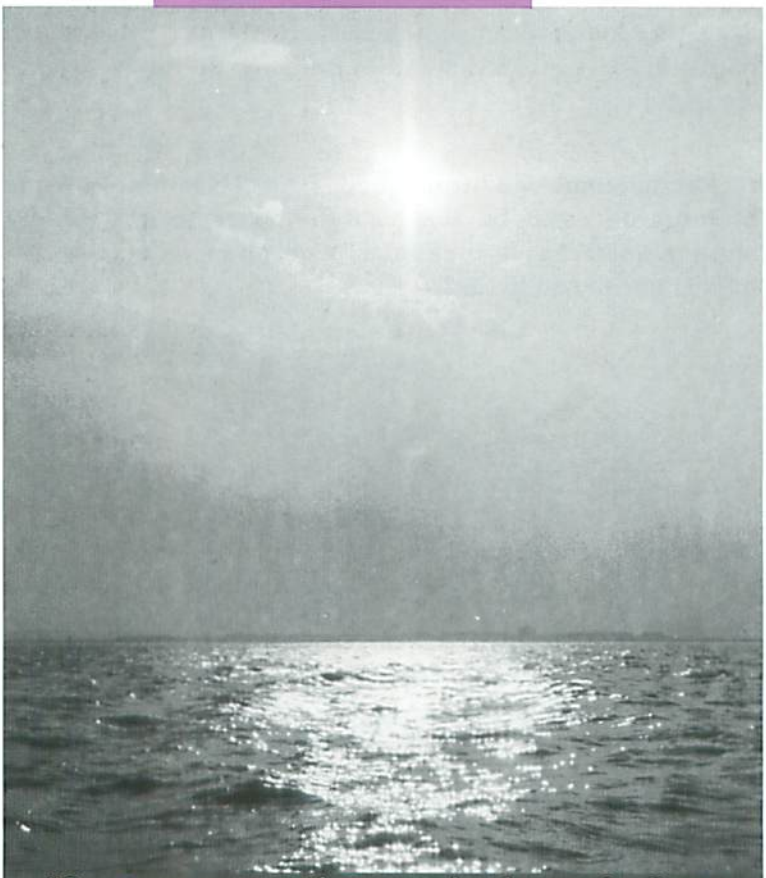
60. Cfr. *"Constituciones...1893"*, cap. XLVII, arts. 1º y 10º.

61. VALLS, A. *"Peregrina de la esperanza"*. Ed. RR. Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Madrid 1992, p. 101.

actuación. Y, por último, pasar el caso al Párroco y al Alcalde, para que actuasen ante el fraude, cada uno desde sus propias competencias[62].

Era inevitable. La luz no queda bajo el celemín, sino que alumbra la casa. La luz, cuando existe, brilla. ¿Podrá alguien lanzarnos la pregunta: "Y vosotros, cristianos, qué habéis hecho con la luz?"

62. VALLS, A. *"Carmen Sallés, mujer de ayer y de hoy"*. Ed. RR. Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Madrid 1986, p. 366.



"Su esperanza está caracterizada por la firme confianza en la salvación, no solo personal, sino también comunitaria y eclesial. Se refería no sólo a la dimensión escatológica del cielo, sino a la construcción del Reino de Dios ya aquí, en la tierra"

(Teólogo Consultor IV)

El heroísmo de esperar aún contra toda esperanza

1. La virtud del camino.

Así, como "virtud del camino", definía Pèguy la segunda de las virtudes teologales. Por algo Carmen Sallés ha sido llamada "peregrina de la esperanza" pues, como señala el Teólogo Consultor IV, "el camino espiritual de la sierva de Dios ha estado sostenido por el ejercicio constante y pleno de la virtud de la esperanza"[1].

El resultado de este ejercicio lo escribía ella misma, en sus últimos años, a las religiosas: "En el transcurso de estos diecisiete años que llevamos de existencia, bien sabéis los apuros y tribulaciones por que ha pasado. Débil barco, tripulado y dirigido por pobres mujeres, ha atravesado un mar de escollos... pero el Señor, que se complace en manifestar su poder en la debilidad que de sí desconfía y pone su sabiduría a disposición de la ignorancia que es humilde, la ha sabido guiar a puerto seguro"[2]. Con estas palabras, ponía anticipadamente por obra la enseñanza que ha recogido en nuestros días el Catecismo: "Cuando Dios se revela y llama al hombre, éste no puede responder

1. *Relatio et Vota*, p. 44.

2 . SALLES, CARMEN. *Summ., carta del 30.05.1909*, p. 404.

plenamente al amor divino por sus propias fuerzas. Debe esperar que Dios le dé la capacidad de devolverle el amor y de obrar conforme a los mandamientos de la caridad"[3].

Una de las características más destacadas por la mayoría de los testigos que declararon en el Proceso es el carácter, pasivo y activo a la par, de la esperanza vivida por Carmen Sallés. Pasivo, por su gran confianza en el poder de Dios que no defrauda al que en El confía. Pero, a la vez, activo, movido por el dinamismo de la gracia: "Desde el momento en que ella vio - afirma un religioso Marista - que era voluntad de Dios que fundara el Instituto, ya no descansó jamás, hasta lograr vencer toda la montaña de obstáculos que se oponían a la fundación"[4]. De ahí que el I Teólogo Consultor la considere "serena... siempre llena de esperanza en la ayuda del Señor", pero, a la vez, dice, "vemos trabajar a la sierva de Dios con los ojos puestos en la vida eterna en medio de dificultades de todo género, aun cuando las circunstancias sociales y políticas (principio de siglo en España) manifiestan hostilidad a la vida religiosa"[5].

Es la tensión espiritual que oscila entre el "sin Mí nada podéis hacer" de Juan 15,5 y el "todo lo puedo en Aquel que me conforta" de Pablo en Fil. 4,13, por la que en el catecismo se subraya el peligro de exceso, por presunción o por desesperación. El equilibrio estaría en el consejo de M. Carmen a sus religiosas: "No se eleven en las prosperidades ni desmayen en los contratiempos"[6]. No le faltaron ni unas ni otros, pero "en los éxitos de sus empresas -dice una testigo[7]-

3. "Catecismo...", nº 290.

4. TEST. nº 49, *Summ.*, p. 178.

5. *Relatio et Vota*, p. 12.

6. SALLÉS, CARMEN. *"Constituciones... 1893"*, cap. X, art. 1º.

7. TEST. 1, *Summ.*, p. 11.

siempre veía la gloria de Dios, hasta el extremo de que, cuando las hermanas ponderábamos las ventajas del éxito alcanzado, ella nos mandaba callar, diciendo que lo único que interesaba era la gloria de Dios"; pero, también, añade: "Siempre que tenía lugar algún infortunio, ella nos confortaba diciendo: No desconfíen, Dios todo lo arreglará"[8].

Cuando pudo llegar a formular su actitud de no esperar nada de sí misma ni de las criaturas, sino de Dios; cuando trataba de refrenar entusiasmos excesivos comentando: "Dios nos ha concedido gratuitamente lo que deseábamos, no por méritos ni virtudes que no tenemos... podéis estar bien convencidas de ello"[9]; cuando, en cambio, alentaba a una joven que temía no poder seguir su vocación religiosa a causa de su débil salud, diciéndola: "No desconfíes, hija, que la Santísima Virgen te ayudará... La falta de salud es tan sólo una pequeña contrariedad; contamos con la divina Omnipotencia para vencerla"[10], en realidad, lo que hacía era fundamentar su esperanza sobre el sólido edificio de la fe, pues, afirma el I Teólogo Consultor, "de los testimonios emerge un alma de gran vida de plegaria. Encuentra su fuerza ante el tabernáculo"; y, consecuentemente, añade que de igual modo "emerge su cálida esperanza. Aún en las horas más oscuras la sierva de Dios espera en la ayuda del Señor y en su guía"[11].

Junto a Cristo, la presencia de María, presentada por M. Carmen a sus hijas como verdadera causa de nuestra esperanza: "En medio de nuestro cercado se ostenta nuestra Madre María Inmaculada... Levantemos a Ella con frecuencia

8. TEST. 1, *Summ.*, p. 11.

9. ROUCO, BENITA. *"Recuerdos"*, AHCME, 9.02/740.

10. MARTINEZ, CECILIA. *"Recuerdos"*, AHCME 9.02/722.

11. ROUCO, BENITA. *Loc. a. cit.*

la vista... que ella nos dará sabiduría, Ella nos dará virtud, Ella nos dará poder..."[12] Y termina esta carta con un amplio párrafo que es un verdadero canto a la esperanza, a la vez que un compendio de la personal manera de entenderla y vivirla que tuvo Carmen Sallés:

"Conocedoras, pues, de los grandes designios que Dios tiene sobre nosotras, esforcémonos por hacernos dignas y aptas para llevarlos a glorioso remate, seamos fervorosas en la oración, canal por donde desciende la gracia que fortalece y santifica el alma. Seamos humildes, que Dios pone su sabiduría y su poder en manos del que de sí mismo desconfía, seamos obedientes y los laureles de mil victorias conseguidas sobre nosotras mismas y sobre nuestros enemigos, circundarán nuestras sienes. Seamos devotísimas hijas de nuestra Madre la Virgen Inmaculada y después de vivir aquí en la tierra cantando sus alabanzas, saboreando sus consuelos, amparadas y defendidas por su protección poderosa, tendremos la dicha al fin de nuestra jornada de ir a descansar para siempre en su amoroso regazo, donde desea reunirse con vosotras vuestra hermana que tanto os ama"[13].

12. Cfr. *Summ., carta del 30.05.1909*, p. 406.
13. Ibid.

2. La tensión escatológica.

"Esta virtud teologal - comenta el IV Teólogo Consultor a propósito de la esperanza de Carmen Sallés - es el don divino con el cual el cristiano orienta toda toda la propia existencia hacia el futuro escatológico, como plenitud y sentido de la vida humana"[14]. Así lo comprobaban las primeras hermanas que le oían explicar: "El que ama y sirve a Nuestro Señor no tiene que desconfiar de su propia salvación" y, a renglón seguido, con toda sencillez, aplicar este principio a su propia vida, porque "como ella le amaba y procuraba servirle, confiaba en que se salvaría y en que Dios no le negaría los medios necesarios"[15].

Otra hermana explica que "siempre manifestaba plena seguridad de que Dios la salvaría y le daría los medios necesarios para ello, pero sin confiar para nada en los propios méritos y por eso nos pedía constantemente oraciones"[16]. Y la testigo nº 1 insiste en que "su confianza en la divina misericordia era ilimitada", de modo que, abandonándose a ella, no había dudado en hacer el voto de ánimas, por el que cedía el mérito de todas sus obras en favor de las almas del Purgatorio[17].

Al Teólogo Consultor IV le llama la atención la amplitud con que vivía la dimensión escatológica de esta virtud que, según él, "está caracterizada por la firme confianza en la salvación, no sólo personal, sino también comunitaria y eclesial" pues "se refería no sólo a la dimensión escatológica del cielo, visto como lugar de encuentro de todos los

14. *Relatio et Vota*, p. 44.
15. TEST. 40, *Summ.*, p. 160.
16. TEST. 5, *Summ.*, p. 35.
17. TEST. 1, *Summ.*, p. 11.

compañeros de camino, sino que la esperanza de la sierva de Dios se refería a la construcción del Reino de Dios ya aquí sobre la tierra". Y desarrolla este criterio argumentando que "no sólo pensaba en el desenvolvimiento y en el futuro de la Iglesia y del mundo en categorías de fe, sino que se ha dedicado personalmente a la recta formación de la conciencia de las jóvenes generaciones. Para ello se dedicó ella misma y todas sus energías naturales y espirituales en bien de los jóvenes"[18].

En ambos sentidos son numerosos y elocuentes los testimonios aportados. La dimensión escatológica aparece a la base de todo su proyecto fundacional: "El fin principal que se propuso al fundar... fue enseñar a las niñas el camino del cielo"; "para ella la educación de las niñas lo era todo"; "las llamaba frecuentemente a su habitación y allí les hacía encendidas exhortaciones poniendo de relieve la diferencia que hay entre las cosas del cielo y de la tierra"[19].

Pero la construcción del Reino en la tierra no concluía para ella en la sólida formación religiosa que pretendía dar a niñas y jóvenes. Junto a la piedad, pedía "letras" y no escasas, como pudo comprobar el Párroco de San Martín, en Segovia, cuando por orden de su Obispo averiguaba los proyectos de Carmen Sallés al abrir el segundo de sus colegios: "A más de ser dicha instrucción íntegramente católica, ha de tener más ampliación que la que se da en escuelas y colegios particulares y por tanto ha de ser de resultados más prácticos en conformidad con las necesidades de la época"[20].

Las necesidades de la época venían a ser los signos de su tiempo, en los que Carmen leía la urgencia de dignificar a la

18. *Relatio et Vota*, pp. 49 y 50.

19. Cfr. *Summ.*: TEST. 13, p. 74; TEST. 17, p. 109; TEST. 1, p. 12.

20. VALLS, A. *"Carmen Sallés, mujer de ayer y de hoy"*, Madrid, 1986; p. 252.

mujer tanto en el ámbito familiar como en el social, desarrollando sus potencialidades, con una impresionante anticipación a las inquietudes de este final del s. XX. Veía "nuestro humilde Instituto... como muy útil y provechoso para labrar la felicidad de las familias y de los pueblos mediante la educación cristiana de la niñez" o, como escribiría don Inocencio Hervás, cura párroco de Manzanares, en el Boletín oficial diocesano, a la hora de contar con un colegio concepcionista en su parroquia: "Formar el corazón de las niñas según el modelo santo de la criatura más perfecta que salió de las manos del Creador, la Virgen María,... es asentar sobre sólidas bases el bienestar de las familias y la felicidad de los pueblos"[21]

Este empeño ocupó su vida, hasta el final, que refiere con todo detalle M. Providencia Esquíroz, su secretaria y sucesora: "Veía venir la muerte con una tranquilidad y resignación admirable... nosotras sufríamos mucho al oirla porque veíamos que efectivamente se nos iba, pero ella, tan tranquila, como si diera disposiciones para un viaje de los tantos que ha hecho... Nos rogó que pidiéramos mucho por su alma, que ella velaría por nosotras desde la otra vida, que mucho nos amó en ésta y que más nos amaría desde la otra. Y nos dio la bendición y (dijo) que nos ponía a todas bajo el manto de la Virgen... Aún estaba yo dándole oxígeno y ya se nos había marchado, sin estertor ni convulsiones y sin ningún movimiento; aquello parecía un dulce sueño"[22].

Dos días antes de su muerte, la Virgen se le hizo presente en un momento en que estaba rodeada de hermanas; era la manera que tenía María de responder a la oración que Carmen le había escrito, colocándola en los pliegues de la

21. Ibid. p. 372.

22. TESTS. ESCR. 1, *Summ.*, pp. 209 ss.

túnica de una imagen que siempre cuidó personalmente: "Virgen santísima y Madre mía" empieza, para a continuación poner en sus manos la congregación; y concluye: "... y a mí... concededme la gracia de una santa muerte y que mi alma pase del trance de esta vida a vuestros brazos...", igual que la imagen, tantas veces contemplada, del Cristo muerto en los brazos de María que tenía en su despacho. **Enseñar a morir no es lección menos importante que la de enseñar a vivir.**

3. Apoyada en la Divina Providencia.

"Dios proveerá" es una de las expresiones más empleadas por M. Carmen ante cada una de las no escasas dificultades que encontró en su camino. Eran palabras nacidas de una actitud interior que llamó específicamente la atención de los Teólogos Consultores, quienes comentan que "el aspecto de serenidad y de paz que acostumbraba a mantener en las situaciones de adversidad, indican que no se apoyaba en sí misma ni en sus propias obras, esperando ante todo en Dios"[23] ; y subrayan la "serenidad, clarividencia y apoyo en Dios en las fundaciones"[24]

Ciertamente llamaba su serenidad la atención de quienes la conocían. Es el caso del religioso escolapio P. Rogelio Gutiérrez, que escribía a poco de su muerte: "Cuanto más movimiento había y más ruido se metía y los hombres más alborotaban, era cuando M. Carmen más tranquila estaba... con aquella sonrisa suya tan beatífica, tan sosegada, tan tranquila y decía: yo rezo mucho y me entiendo bien con los santos"[25].

Los efectos de su entendimiento con los santos pudieron notarlo los concejales del Ayuntamiento de Madrid, acerca del solar de la calle Princesa, que concluyeron por afirmar: "Esa monja, con elevar los ojos al cielo todo lo consigue"[26]. Y el juez de El Escorial, cuya hija declaraba: "He oído comentar repetidas veces a mi padre que... lo conseguiría todo por la fe vivísima que ella tenía y la gran confianza en la Providencia de Dios"[27].

23. TEOLOGO CONSULTOR V, *Relatio et Vota*, p. 50.

24. TEOLOGO CONSULTOR VI, *Relatio et Vota*, p. 56.

25. GUTIERREZ, ROGELIO. *"Vida de la Rma. M. Carmen Sallés de Jesús"*, Madrid, 1917, p. 369.

26. TEST. 1, *Summ.*, p. 15.

27. TEST. 4, *Summ.*, p. 28.

Muy conocida en la congregación concepcionista es la forma en que llegó a ella Julianita Esquíroz, niña de 12 años, llamada por Madre Carmen a través de una carta que, por desconocer su dirección, no contenía otra indicación que el nombre de su madre, "La Rioja" por toda localización, y una apostilla: "confiada a la Divina Providencia". La carta llegó a su destinataria en Sesma (Navarra) y Julianita, cambiado su nombre por el de Sor Mª de la Providencia, llegó a ser la sucesora de M. Carmen al frente de la congregación.

Fruto de esta confianza, era la paz mantenida "en momentos verdaderamente difíciles, por ejemplo en Burgos, cuando murió el señor Arzobispo, los enemigos de la obra arremetieron violentamente contra la misma. Ella entonces no perdió la paz del espíritu, precisamente por la confianza vehemente que tenía puesta en nuestro Señor"[28].

Estas circunstancias penosas llevan al I Teólogo Consultor a señalar que "se encontraba sin medios humanos y con una semilla de sospecha sobre su persona. Pero la sierva de Dios, serena, sabedora de cumplir la voluntad de Dios, se manifiesta siempre llena de esperanza en la ayuda del Señor"; y añade a su observación un comentario sobre "su despego de los bienes materiales, aun en circunstancias de verdadera pobreza"[29] Conocido es el suceso de una señora de piso, que falleció en la casa de Madrid habiendo indicado que sus pertenencias debían pasar a las religiosas. M. Carmen, sabedora de que en su baúl guardaba bastantes monedas de oro, quiso que sus familiares las vieran y no opuso resistencia alguna cuando las reclamaron, pese a los apuros económicos por los que atravesaba el Instituto.

28. TEST. 5, *Summ.*, p. 35.

29. *Relatio et Vota*, p. 12.

La clarividencia de que hablaba el VI Teólogo Consultor, la ve reflejada el II en el curso de una grave enfermedad padecida en 1907: "Ella sabía que continuaría todavía con vida porque confiaba en la providencia de Dios para poder llevar a cumplimiento su obra"[30]. Alude al mismo suceso que M. Providencia Esquiroz mencionaba al escribir a una hermana de M. Carmen dándole noticia de algunos detalles sobre su muerte: "En la otra enfermedad dijo que le faltaban tres cosas y sin que las consiguiera no se podía morir. Están ya conseguidas y esto, al caer enferma, lo recordamos entre nosotras y nos tenía llenas de miedo y de pena"[31].

"Con la realización de estos deseos se aproximó el "nunc dimitis" de la sierva fiel. La enfermedad... aceleró el camino hacia el cumplimiento de la etapa terrena de la sierva de Dios. Así, después de casi tres meses de tantos sufrimientos, el 25 de julio terminó su peregrinación terrena para ir al encuentro de Aquel que fue la única razón de su vida terrena"[32].

Nuestra sociedad busca asegurar el futuro, aun a riesgo de vivir sin paz el presente. Pero la esperanza cristiana, tal como la vivió M. Carmen, supone el esfuerzo diario, el afán de cada día... y el abandono en Dios de toda inquietud.

30. *Relatio et Vota*, p. 26.

31. TESTS. ESCR. 1, *Summ.*, p. 212.

32. IV TEOLOGO CONSULTOR, *Relatio et Vota*, p. 39.

"Su cristocentrismo viene vivificado por la experiencia del amor pasivo de Dios; ella sentía sobre sí el dulce peso del amor gratuito y de la misericordia infinita de Dios, que la llenó del gozo del espíritu y la hacía desbordarse en accion de gracias"
(Teólogo Consultor III)

El heroísmo de amar sin límites

I - AMAR A DIOS

1. La experiencia del amor.

"Este es el sentido de la vocación a la vida consagrada: una iniciativa enteramente del Padre (cf. Jn. 15,16), que exige de aquellos que ha elegido la respuesta de una entrega total y exclusiva. La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte, que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro, en sus manos"[1].

Con estas palabras explica Juan Pablo II la iniciativa de Dios en toda llamada vocacional, en la misma línea seguida por Jesús cuando decía a sus discípulos en la tarde de la despedida: "No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros" (Jn. 15,16). Predilección y gratuidad que resultaban evidentes para Madre Carmen, quien siempre aludía a la vocación como un gran don recibido de Dios, repitiendo en sus cartas expresiones como : "Multiplicándose cada día el número de las que escogidas por Dios se consagran al Señor... y recordando que han venido a la congregación "guiadas por la luz de lo alto"..."[2]

---

1. JUAN PABLO II, Exhort. Ap. *"Vita Consecrata"*, I, 17.
2. SALLES, CARMEN. *Summ., Carta del 15.10.1909*, p. 399.

De que así lo vivía ella en toda circunstancia, deja constancia el IV Teólogo Consultor: "La vida cotidiana de la sierva de Dios aparece claramente marcada por el amor de Dios. Los testimonios afirman que la abundancia de su amor no pudo pasar inadvertida para sus hermanas que a menudo la oían proferir expresiones llenas de amor, dirigidas a Dios, como '¡Dios mío y todas mis cosas!'...". Consiguientemente, al formar a las religiosas, se esmeraba en hacerles descubrir los beneficios que Dios volcó en sus vidas, así como en hacerles notar la distancia entre Creador y criatura "para que nos sintiéramos cada vez más obligadas a amar a Dios nuestro Señor"[3].

Experimentar los cuidados de Dios la inducía a sentirlo como Padre e, incluso, a identificarse con "el tierno niño que se deja guiar por su madre"[4]. Esta mujer, que ha sido llamada "Madre Coraje" por su temple varonil, vivía con tal sencillez de espíritu su relación con Dios que don Miguel Arroyo, confesor suyo durante varios años, escribía a las religiosas con ocasión de su fallecimiento: "Yo, que la traté muy de cerca, por muchos años y con más intimidad que muchas de vosotras, tuve ocasión de apreciar la candidez de que estaba revestida su alma, pudiendo decir con verdad que, en ese sentido, fue siempre una niña y tengo la seguridad de que con la placidez de una niña habrá pisado los umbrales de la eternidad y estará gozando de la vista de aquel Jesús que tanto amó en vida..."[5].

La "candidez" a que hace referencia, es la que deriva de su limpieza de corazón, que la capacitaba para descubrir en todo "la bondad y misericordia de nuestro celestial Esposo

3. TEST. 24. *Summ.*, p. 121.

4. SALLES CARMEN. *Carta a. cit.*

5. ARROYO, MIGUEL. *Carta del 28.07.1911*, AHCME, 9.02/548.

que no abandona a los que en El confían"[6]. "Cándido" es el término que designa el color blanco de las vestes de los bautizandos, "el color de los seres transfigurados, de los santos que, purificados de su pecado (Is. 1, 18; sal. 51, 9)... participan del ser glorioso de Dios". Así, la expresión de don Miguel, venía a resumir la serie de adjetivos con que los testigos del proceso trazaban tanto el perfil externo como el retrato íntimo de M. Carmen: Bondad, placidez, dulzura, tranquilidad, sencillez, apacibilidad, modestia, recato, pulcritud... Sobre este terreno fue actuando progresivamente la gracia, de manera que quienes la trataban pudieron percibir que "llegó a un grado tal de unión con Dios que más que en este mundo vivía ya en el otro, hasta el extremo de que en los últimos tiempos de su vida, ocurría que conversando con otras personas, no podía evitar el quedar sumida en la oración". Así refieren diversos testigos, que ocurrió en más de una ocasión, en presencia del capellán, el P. Clemente Martínez Sch. P., quien les decía: "hablen, hablen y no se preocupen, porque la Madre ahora no está con nosotros, sino absorta en su oración"[7].

Sí se enteraba, en cambio, pero sólo hasta llegar a un cierto límite, cuando les hablaba a las religiosas, cosa que hacía con frecuencia; hasta que "aquello" desbordaba el tope de su resistencia física: "Los domingos y días festivos, siempre nos llamaba para explicarnos la santa regla y nos contaba muchas cosas, siempre espirituales; y, algunas veces, contando estas cosas, parece que se quedaba extasiada y en estas ocasiones, las Madres más antiguas nos hacían salir del despacho, así que no veíamos nada más"[8].

6. SALLES, CARMEN. *Carta a. cit.*

7. TEST. 9, *Summ.*, p. 56.

8. VALENTE, SERAFINA. *"Recuerdos"*, AHCME 9.02/749.

Eran ocasiones que se repetían: por ejemplo, cuando explicaba la Pasión a la comunidad de Santa Cruz de Mudela; o cuando, en esta misma casa, recibió la noticia de la aprobación del Decreto de Alabanza del Instituto, por San Pío X; o cuando oraba en su despacho sin saber que unas jóvenes postulantes la observaban a través de una ventana próxima... Pero siempre había cerca una Madre: "las jóvenes se ausentaban y quedaban en su compañía las Madres más antiguas, edificadas en su presencia"[9].

En cambio, la podían ver sin cortapisas cuando "estaba en la capilla, los ojos fijos en el sagrario y con una placidez en su expresión, que se la veía totalmente compenetrada con la presencia eucarística del Señor". Del momento de la comunión, refiere una de las antiguas alumnas: "Recuerdo el efecto que me producía al volver de comulgar; porque parecía que no estaba en este mundo, sino ensimismada en Dios nuestro Señor"[10].

Pero, dicho todo lo que antecede, ¿quién puede explicar la experiencia de Dios, vivida por un alma enamorada? Sólo a la luz del Espíritu se puede intuir el significado de aquellos "celestiales abrazos que hinchan el alma de gozos y deleites inexplicables"[11] de los que ella misma hablaría... **Porque del amor sólo entiende quien ama.**

9. TEST. 13, *Summ.*, p. 71.

10. TEST. 23, *Summ.*, p. 117.

11. SALLES CARMEN, *Carta a. cit.*

2. La respuesta del amor.

La consecuencia de haber experimentado el amor de Dios no pudo ser otra que despertar en ella el amor más ardiente, que se le escapaba, como un suspiro: "¡Dios mío, qué rico sois en dar!"[12] ... Pues, como recordaría una de las primeras concepcionistas, "ante Dios todas las demás cosas le parecían indignas de aprecio". Y explicaba que "de este amor que abundaba en su corazón, hablaba sin cesar su lengua" desahogándose en frecuentes jaculatorias como ésta: "Ama a quien tanto te ama. Ama a tu Dios sin medida. Sólo Jesús sea tu vida, sólo Jesús sea tu amor. Y con Jesús trabajando y con Jesús caminando, con Jesús al puerto llegue, a Jesús el alma entregue... Por Jesús muera de amor"[13].

¿Una jaculatoria entre tantas? Lo cierto es que tiene fiel traducción en su vida... y en su muerte. Pues mientras una exalumna suya recordaba: "Nos daba la sensación de que era una mujer totalmente arrebatada por la presencia de Dios"[14], otra aseguraba que "el amor de Dios era el que la hacía tan trabajadora"[15]. De ahí que el Teólogo Consultor V haya señalado con claridad cómo la misión en M. Carmen, es fruto de su amor consagrado: "Un elemento que puede ser considerado característico del amor de la sierva de Dios, realizado en el carisma de la educación, es su empeño en la prevención del mal"[16]. Mientras ella misma, con sus expresiones, ponía de manifiesto cómo entendía su

12. HUALDE, MARÍA. *"Recuerdos"*, AHCME 9.02/749.
13. TEST. 9, *Summ.*, p. 57.
14. TEST. 23, *Summ.*, p. 116
15. TEST. 44, *Summ.*, p. 172.
16. *Relatio et Vota*, p. 50.

identificación con El: "Vivo yo, mas ya no yo, que vive Cristo en mí", el Teólogo Consultor III entiende que "este cristocentrismo viene vivificado por la experiencia del amor pasivo de Dios; ella sentía sobre sí el dulce peso del amor gratuito y de la misericordia infinita de Dios, que la llenó del gozo del espíritu y la hacía desbordarse en acción de gracias" [17]

¿Puede extrañar que deseara unirse a El para siempre, que manifestara repetidamente sus ansias por dejar volar a su alma en un suspiro? ¿O que cuando ya apenas podía hablar, en sus últimos días, levantara su dedo, señalando hacia arriba y musitando: "Al cielo... al cielo..."? Pero, eso sí, bastó que el sacerdote que la acompañaba le dijera que Dios nos trajo a la vida cuando quiso y nos lleva cuando quiere, para que el deseo se silenciara y asintiera con el movimiento de su cabeza a la voluntad del Señor[18].

Una religiosa, no pudiendo ya con su pena, le mostró con sus quejas el temor de que fuera ella quien estuviera pidiendo a Dios que se la llevara, en contra de las oraciones de todas las hermanas para retenerla... Y obtuvo esta respuesta: "No, hija mía, lo que Dios quiera. Si El quiere dejarme una temporadita más, no le diré que no, pues sé que aún me necesitáis y os vendría muy bien que hiciese aún alguna cosita... Pero hija mía, siempre viene la muerte cuando aún hay que hacer algo; así que no le diría que no, pero creo que Dios no quiere dejarme"[19].

17. *Relatio et Vota*, p. 36.
18. TESTIM. ESCR., 1. *Summ.*, p. 210.
19. Ibid.

"Lo que Dios quiera". Un lema válido para toda una vida, puesto que "la evidencia del amor a Dios brota de su constante fidelidad a sus designios y del vivo deseo de adherirse y cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios aún en las cosas más pequeñas"[20]. Válido también para una muerte. Morir, para unirse definitivamente con Dios. Pero vivir, sin regatear minutos, hasta completar la obra encomendada. Y... ¿A quién no le ha encomendado Dios "algo", para completar su obra en el mundo?

20. TEOLOGO CONSULTOR IV, *Relatio et Vota*, p. 44.

3. ¿Quién es el que ama?

Cristo en persona, en los momentos finales de su presencia en la tierra, explicaba a sus discípulos las señas de identidad que corresponden al amante: "Si guardáis mis preceptos permaneceréis en mi amor" (Jn, 15,10). Y en el Catecismo, la Iglesia recoge la enseñanza de su Maestro: "Jesús nos enseña que se entra en el Reino de los cielos no mediante palabras, sino haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos"[21]

Con sus palabras y con su vida, M. Carmen hizo suyo el mandato, hasta en sus menores detalles. Aficionada, como el Maestro, a expresarse en parábolas, explicaba: "Para llegar al cielo, se han de cumplir todos y cada uno de los preceptos de la ley divina, pues al pasar de este mundo al otro lo hemos de hacer por ese puente, tendido entre el cielo y la tierra, de los diez mandamientos; si falla uno de los ojos de ese puente, el viandante no podrá seguir y menos llegar al cielo"[22]. Después, en su vida, "cumplía con toda escrupulosidad los mandamientos de su santa ley", dice una joven residente en la casa de Madrid[23]; y otro testigo añade: "como demostración de este amor de Dios, puedo atestiguar la perfección con que llevaba a cabo todo lo que entendía que era voluntad divina"[24].

Cierto que no siempre le fue fácil discernir cuál era la voluntad de Dios y nunca quiso fiarse de su sólo criterio para determinarla. Tres recursos empleó, a fondo, en su búsqueda:

21. *"Catecismo..."*, nº 2826.
22. TEST. 9, *Summ..*, p. 58.
23. TEST. 7, *Summ.*, p. 43.
24. TEST. 5. *Summ.*, p. 36.

oración, penitencia y petición de consejo. De su breve paso por el noviciado adoratriz, comenta el VIII Teólogo Consultor: "Este cambio de dirección se puede ver en el contexto de una búsqueda sincera de la voluntad de Dios y de una maduración progresiva de la personalidad espiritual de Carmen Sallés. Había en ella una decisión clara de seguir a Jesús, aunque no supiera concretamente dónde... en todo pide consejo a su confesor"[25]. Así también, durante los difíciles momentos de su separación de las dominicas, escribía a su antiguo director espiritual, con el que siempre mantuvo relación: "No queremos hacer pecado y a esto se dirigen nuestras miras... procuramos... redoblar las plegarias para que el Señor nos dé manera de cumplir su santa voluntad"[26]. Los momentos decisivos, previos a la fundación del Instituto, se enmarcan en esta misma actitud de búsqueda: "Oró al Señor con más ahinco que nunca, redobló las mortificaciones más que de costumbre, así como sus instancias a la Santísima Virgen... Llegó un día en que al salir de la Iglesia, y después de haber recibido la sagrada comunión, con gran resolución dijo: "Sí, Dios lo quiere, vamos y El proveerá"[27].

De nuevo su grito de guerra: "Dios lo quiere". A partir de él, sólo le quedaba exclamar: "Abandonémonos a la conformidad con la voluntad divina, seguras de que todo lo podemos en Aquel que nos conforta"[28].

Pero su fidelidad a los planes de Dios no se limitó a las grandes decisiones, antes al contrario, se mostraba en los

25. *Relatio et Vota*, p. 70.

26. SALLES, CARMEN. *Summ., carta del 15.01.1892*, p. 333.

27. GUTIERREZ, ROGELIO Sch. P., *"Vida de la Rma. M. Carmen..."*, p. 165.

28. SALLES, CARMEN. *Summ., carta del 15.10.1900*, p. 399.

más pequeños detalles porque lo grande, para Carmen Sallés, estaba en la motivación de los actos, puesto que "desarrollaba su vida en la presencia de Dios, pidiendo a las hermanas que hicieran como ella: "Haz lo que haces", esto es, sed conscientes de hacer las cosas por amor de Dios y a conciencia"[29]. Si les pedía que buscaran "perfeccionarse en lo tocante a su oficio" y a desempeñarlos "devotamente", como si de actos de culto se tratara, era porque entendía así la vida de una contemplativa en la acción: trabajar "advirtiendo que cuanto más se unan a la voluntad divina por el vínculo estrecho de la caridad, más liberal se mostrará Dios"[30].

Cuando las "pequeñeces" diarias hacían referencia directa a Dios, la atención se extremaba. Personalmente se encargaba de revisar los vasos sagrados, dedicándoles un amoroso cuidado; y argüía que en la liturgia no cabían las modas, que en el ornato del templo debía primar la majestad sobre la elegancia y que había que prestar atención a las normas que el Papa San Pío X publicaba sobre la música en las celebraciones religiosas[31].

En definitiva, lo importante no es el qué, sino el cómo y el por qué; o, como lo explicaba M. Carmen: "No tenga otra mira la concepcionista, que agradar a Dios en todas las cosas" [32].

29. II TEOLOGO CONSULTOR, *Relatio et Vota*, p. 23.

30. SALLES, CARMEN. *"Constituciones..., 1893"*, cap. XXIV, arts. 3º y 4º.

31. SALLES, CARMEN. *Summ., carta de 5.01.1904*, pp. 401ss.

32. *"Constituciones... 1893"*, cap. XLIII, art. 2º.

4. El amor, fuente de temor y de dolor.

Enseña el Catecismo que "el cristiano no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil... sino como un hijo que responde al amor del que nos amó primero"[33]. Así lo experimentaba M. Carmen: "Si correspondemos a tanta gracia como recibimos, mereceremos ser llamadas propiamente hijas de Dios"[34]. Este deseo de complacer en todo al Señor era tan claro en su vida que una hermana decía: "Aunque en mi trato frecuente con ella, jamás pude reconocerle ni una falta, sin embargo, se dolía amargamente de sus muchos pecados y hacía muchas penitencias muy dolorosas". Y añadía: "Puedo asegurar que, en orden al adelantamiento en el camino de la virtud, ella siempre puso cuanto estuvo de su parte, de suerte que, a mi juicio, no se le podía pedir cuenta de ninguna ocasión malograda". Sin embargo, con harta sorpresa de las religiosas, ella "se dolía amargamente de sus propias debilidades, a mi juicio igual que los santos, que lloran los pecados que creen haber cometido"[35]. Pero M. Carmen era bien consciente de que "en la condición humana está su fragilidad"[36], por lo que no dejaba de insistir en la vigilancia del huertecillo interior "para que no penetre nuestro enemigo abriendo con el pecado algún portillo..."[37].

Tanto el amor como el dolor la inducían a extremar la delicadeza, porque "lo poco no deja de ser mucho", decía, lo que la llevaba a "reputar por grande cualquier falta, por pequeña que parezca, porque dejándola sin corregir podrá

33. *"Catecismo..."*, nº 1828.

34. SALLES, CARMEN. *Summ., carta del 15.10.1900*, p. 400.

35. Cfr. TEST. 5, *Summ.*, p. 36.

36. SALLES, CARMEN. *Summ., Carta del 7.12.1897*, p. 398.

37. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 30.05.1909, p. 405.

hacerse grande y dañosa"[38]. En 1904, recordando el duodécimo aniversario de la fundación del Instituto, escribía:"En obsequio de nuestra Inmaculada Madre... creo que es un deber fijarnos en ciertos detalles que, no siendo malos, son inconvenientes, indicando a la vez imperfección" [39]. Lo que enseñaba, eso vivía, pues "era tan ardiente el amor que sentía por Dios, que toda su preocupación era huir de cuanto pudiera ofenderle"[40].

No sólo se preocupaba de no ofenderle ella, sino que se volvía de igual manera a los pecadores, pues, "si lloraba sus propios pecados... no era menor el pesar que manifestaba al ponderar los pecados de todo el mundo y por eso, incesantemente, ofrecía por ellos penitencias extraordinarias... Todo su afán era reparar todos los pecados que se cometen contra Dios"[41].

No faltan a este respecto las anécdotas transmitidas por las primeras hermanas, como que encontrándola azotando su propio cuerpo, había explicado dos cosas: que no lo hacía sin permiso de su director y que lo ofrecía por un pecador que le habían encomendado. O la ocasión en que hablándole de un moribundo que se negaba a recibir los sacramentos, interrumpió pensativa a su interlocutora, no para pedir detalles, sino para preguntar: "¿Se dejaría usted cortar un brazo, por su conversión?" Y es fama que cada año, al llegar las fiestas del carnaval, no sólo no lo fomentaba en sus colegios, sino que invitaba a religiosas y alumnas a rogar especialmente por los que, en tales fechas, se entregaban a excesos no conformes con el amor de Dios.[42] **Por sus obras, los (¿nos?) conocerán".**

8. *"Constituciones... 1893"*, cap. VIII, art. 3º.

39. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 5.01.1904, p. 401.

40. TEST. 1, *Summ.*, p. 11.

41. TEST. 5, *Summ.*, p. 36.

42. TEST. 13, *Summ.*, p. 70.

5. La experiencia del perdón.

Refiriéndose al perdón, el Catecismo pone el acento en una palabra breve, un adverbio de modo, capaz por sí sólo de transformar una de las peticiones del Padre nuestro en forma que el mismo Catecismo califica de "sorprendente". Se refiere al cómo del "perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Y comenta: "Este cómo no es el único en la enseñanza de Jesús: 'Sed perfectos como vuestro Padre celestial' (Mt. 5, 48); 'Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso' (Lc. 6, 36); 'Os doy un mandamiento nuevo: que os améis como Yo os he amado' (Jn. 13, 34)"[43].

Perdonar como Dios supone, continúa el Catecismo, "una participación vital y nacida del 'fondo del corazón' en la santidad, en la misericordia y en el amor de nuestro Dios"[44]. Es aquí, en esta experiencia viva de la misericordia divina, donde vemos el corazón de M. Carmen acercarse al corazón de Dios. Sólo después de "abismarse" en El, pudo contemplar con ojos nuevos a sus oponentes, de manera que una de las hermanas ingresadas en la congregación el primer año de su existencia, podía referir así su experiencia: "En los tropiezos que pasó para llevar adelante la obra de la congregación, dio con muchos que le causaron verdaderas injurias y ofensas. Sin embargo, ella siempre las olvidaba y perdonaba de corazón. Llevada de esta misma virtud, nos exhortaba para que en sus enemigos no viéramos sus malas obras, sino, a través de ellas, los altos fines de Dios que de los mismos males sacaba buenas cosas"[45]. "Era, cuenta otra, generosísima

43 . Cfr. *"Catecismo..."*, nº 2838 y nº 2842.

44. Ibid., nº 2843.

45. TEST. 1, *Summ.*, p. 12.

en perdonar; y cuando nosotras suscitábamos esas conversaciones, ella mandaba callar y, además, despertaba sentimientos de perdón y de olvido"[46].

Uno de los testimonios más elocuentes en el Proceso de Beatificación, lo presentaba un sacerdote, religioso escolapio, que hacía notar la formación propia de su estado para subrayar que era sabedor de lo que significa la heroicidad en la caridad, tal y como él la había conocido en M. Carmen "por la condescendencia y hasta el perdón con que trató siempre a los mismos que la persiguieron, sin que le pasara nunca por la imaginación tomar venganza; y la paciencia y moderación con que soportó las persecuciones de que fue objeto, principalmente las calumnias que la levantaron valiéndose del anónimo"[47].

No fue la suya una actitud referida solamente a una etapa de particular dificultad, porque situaciones semejantes se habían producido ya antes, en su etapa dominicana, cuando fue gravemente calumniada por una hermana de su comunidad. Rechazaron las demás el infundio y se agruparon en torno a su lecho, en que se encontraba enferma, cuando aquella entró, como si nada de particular hubiese ocurrido, a darle un beso. "No sólo la perdonó sino que en el beso de M. Carmen hubo mucho de perdón y caridad cristiana"[48].

Tampoco en los años posteriores a la fundación le faltaron ocasiones de ejercitar ambas virtudes, con la ayuda del rector del Seminario de Madrid que, luego, siendo Obispo de Astorga, lo recordaría afectuosamente, y del Párroco de

46. TEST. 5, *Summ.*, p. 37.
47. TEST. 48, *Summ.*, p.177.
48. TEST. 9, *Summ.*, p. 59.

Chamberí. Ni otras circunstancias menores, a las que se refería este testimonio: "Era fácil para perdonar a cuantos le hacían mal; así, por ejemplo, a nosotras, enseguida nos perdonaba. Otro tanto hizo con su hermano Luis, que le dio algunos disgustos"[49]. De modo que el Teólogo Consultor IV establece que "la señal de su genuino amor al prójimo fue la práctica del perdón y de la reconciliación fraterna"[50]. Y el I recoge la impresión de tantos testigos presenciales que quedaron "edificados por su actitud de perdón hacia las personas que la persiguieron o calumniaron (cf. Summ., p. 127). Nunca se quejó de nadie"[51].

Realmente es éste del perdón uno de los aspectos más bellos de la vida de Carmen Sallés quien, dos años antes de su muerte, hacía balance de los diez y siete que llevaba de existencia su congregación, aludiendo a problemas surgidos, a nivel eclesial y social, por el mero hecho de tratarse "sólo" de mujeres, así como a otras dificultades suscitadas por personas muy diversas. Pero su mirada de fe, que iba siempre más allá, veía en todas estas oposiciones la causa de que, al final, la congregación estuviera "no deshecha, sino sana, más fuerte y más robusta"[52].

Para quienes, unas veces conscientemente y otras de forma involuntaria, habían ido sembrando de espinas su camino, Carmen Sallés sólo expresó un deseo: "Dios quiera que en el cielo podamos vernos juntos y libres de tantas miserias"[53]. Un deseo que sólo podía brotar de un corazón pacificado, porque -de nuevo el Catecismo- "es en el fondo

49. TEST. 17. *Summ.*, p. 111.

50. *Relatio et Vota*, p. 44.

51. *Relatio et Vota*, p. 12.

52. SALLES, CARMEN. *Summ., Carta del 30.05.1909*, p. 405.

53. SALLES, CARMEN. *Summ., carta de diciembre de 1891*, p. 311.

del corazón donde todo se ata y se desata. No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y pacifica la memoria, transformando la ofensa en intercesión"[54]. **El ejemplo de M. Carmen, también en este aspecto, es una respuesta a una verdadera necesidad individual y colectiva de reconciliación.**

54. *"Catecismo..."*, nº 2843.

II - AMAR AL PROJIMO

1. El amor se hace redentor.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". Cuando un doctor de la ley quiso pedir explicaciones acerca del prójimo, provocó el relato de la parábola del buen samaritano y la invitación: "Vete y haz tú lo mismo" (Lc. 10, 25-37).

Cuando Carmen Sallés emprendió el camino de su vocación religiosa, tenía en su mente, no de manera exclusiva, pero sí de manera preferente, la primera parte del mandato: "Amarás al Señor tu Dios". Amó y se sintió amada. Y de la experiencia del mutuo amor brotó la necesidad de comunicarlo y compartirlo. Descubrió, como el samaritano, a la orilla de su camino, un enfermo: la mujer. Es decir, un tipo concreto de mujer, la extraviada, la desorientada, la que literalmente había perdido su oriente... Y se sintió urgida a poner remedio, a evitar tales situaciones.

"El encuentro con Cristo -comenta el Teólogo Consultor IV- impulsó su ardiente caridad hacia el prójimo y la intensa preocupación por el bien espiritual de las niñas y por la capacitación de las mismas a vivir con dignidad su vocación y ser las constructoras de auténticos hogares cristianos, a través de la transmisión de una fe ardiente. Esta educación preventiva de la juventud le hizo abandonar la congregación de las Adoratrices dedicada más bien a la regeneración de jóvenes desviadas y a buscar una congregación plenamente dedicada a este ministerio educativo, al que se consagró con todas sus fuerzas, educándolas en ciencia y virtudes cristianas"[55].

55. *Relatio et Vota*, p. 36-37.

Llegó así a la educación como salvación por anticipación, equiparando los dos términos del mandato del amor: "no solamente la propia perfección... sino también la de las niñas... con el mismo favor y gracia". Era el primer artículo, de sus primeras constituciones, o sea, el motivo y fundamento sobre el que levantó su Instituto y que le hacía exclamar: "¡Qué feliz nuestra misión! Somos Esposas del Dios que nos creara, somos depositarias y encargadas de lo que más ama en este mundo que es la niñez"[56].

Dos amores que Carmen supo inseparables. Porque, de un lado, anota el Teólogo Consultor V que "la caridad hacia el prójimo parece ser el mejor modo de entender el carisma específico y el grado más que ordinario de su realización por parte de la sierva de Dios"[57]. Y, por otro, señala el Teólogo Consultor III que "del amor al Señor" fue de dónde surgió "su vocación apostólica... una vocación que debía brotar desde la actitud contemplativa de modo que las hermanas en el estudio y en la oración se llenaban de 'de ciencia y de virtud para después repartirlas'..." (Summ., doc. 105, p. 404)[58]. De modo que, a su juicio, el amor se transmite por contagio. Lo decía de ella el Cardenal Benlloch: "Inoculaba el amor a la Inmaculada en sus métodos de enseñanza"[59], e insistía ella: "Enseñarán más con el ejemplo que hablando"[60].

Así lo practicaba. Llamaba a las colegialas a su despacho, como recuerda una de ellas, "preocupándose de averiguar las amistades que teníamos, los libros que leíamos, sitios que frecuentábamos. Esto, con las que eran ya mayores, que con

56. SALLES, CARMEN. *Summ., carta del 30.05.1909*, p. 406.

57. *Relatio et Vota*, p. 51.

58. *Relatio et Vota*, p. 31.

59. TESTS. ESCR. 10, *Summ.*, p. 230.

60. *"Constituciones... 1893"*, cap. VIII, art. 2º.

las pequeñitas hablaba de sus niñas, como ella decía, para preservarlas de los peligros y prevenirlas para lo futuro"[61].

Enunció esta actitud como un axioma: "Siendo tan grande la fuerza de la costumbre que forma una segunda naturaleza, para obtener buenos fines, es menester poner buenos principios"[62].Es decir, anticiparse al mal con el bien. Redimir, salvar, preservando.

Pero, salvar, ¿a quién? Desde el primer momento tuvo M. Carmen cuidado de expresar claramente su preocupación por "todas las clases sociales", sin excepciones en ningún sentido. Es de notar que de las primeras cuarenta y cinco alumnas que acudían en horario escolar, quince, es decir, la tercera parte, eran gratuitas. Pero, además, en los anuncios de prensa con que se daba a conocer en Burgos este primer colegio, se explicitaba que "con objeto de favorecer a las familias necesitadas, habrá todos los días... clases gratuitas de lectura, escritura y catecismo... y los jueves... labor"[63].

Después, tanto la motivación como la extensión se fueron reflejando en circunstancias diversas: "Llevada del mismo celo por la propagación de la fe, no se conformó con las clases que a diario se daban en nuestras casas, sino que en alguna de ellas fundó clases nocturnas, para adultas"[64]. Y, como no siempre estas adultas podían compaginar los horarios de clases y trabajo, el amor se hizo ingenioso, como reflejaba la propia M. Carmen, en carta al Obispo de Tarazona: "El primer domingo de Pascua se abrió, además de los párvulos y niñas mayores gratuitas que tenemos, otra clase, o sea, la

61. TEST. 7, *Summ.*, p. 43.

62. Ibid.

63. VALLS, A. *"Carmen Sallés, mujer de ayer y de hoy"*, p. 220.

64. BAZTAN, MAGDALENA. *"Recuerdos"*, AHCME 9.02/675.

Escuela Dominical, con el fin de retirar a las jóvenes de los pasos en que ocupaban las tardes de los domingos y fue tan bien acogida que asistieron más de ochenta. Creo que todas las chicas de servicio que habrá en el pueblo"[65].

Se lo había explicado ya, cuando era tan sólo un proyecto, al Obispo burgalés D. Manuel Gómez Salazar, en su primera entrevista, previa a la fundación: su deseo era "Preparar maestras y profesoras... para formar jóvenes en piedad y espíritu religioso"[66]. Lo pondría personalmente por obra, de manera que un testigo declara: "Ella misma formaba a las profesoras con especial empeño, para que se ocuparan de enseñar las verdades de nuestra fe de modo adecuado a las niñas"[67]. Lo había explicitado después, cuando insistía: "Piedad y letras quiero yo en mis colegios, que lo demás Dios lo proveerá"[68]. Y había concretado sus intenciones al escribir que la educación iba dirigida a "niñas ricas y pobres"[69]. **El amor siempre es integrador.**

65. SALLES, CARMEN. *Summ.*, carta del 19.05.1905, p. 414.
66. TESTS. ESCR. 10, *Summ.*, p. 229.
67. TEST. 7, *Summ.*, p. 42.
68. BAZTAN, MAGDALENA. *Loc. a. cit.*
69. TEST. 26, *Summ.*, p. 131.

2. El amor se hace solidario.

"Venid, benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me disteis de comer; porque tuve sed y me disteis de beber... enfermo y me visitasteis..." (cfr. Mt. 25, 34-35). Carmen lo vivía ya, siendo poco más que una chiquilla, en Manresa(Barcelona): ella tenía que ser quien entregara la limosna familiar a las Hermanitas de los Pobres; y ella era la que siempre encontraba tiempo para hacer una escapada al Hospital de San Andrés, cercano a su casa, porque, al decir de su hermana Melchora, "era amante de visitar a los enfermos, los consolaba y acariciaba..."[70].

Lo siguió viviendo después, cuando las religiosas de su Instituto veían cómo "atendía con especial esmero a los menos favorecidos de dones temporales", ya que "la pobreza y la desgracia movían su corazón y excitaban su bondad"[71]. Así lo advertía una hermana de los primeros años que comentaba: "Tenía especiales desvelos por los huérfanos y los niños desamparados... le bastaba observar que un mendigo, o un huérfano, era peor que otros, incluso en su conducta, para que ella tuviera especial esmero con estos a fin de atraerlos, proporcionándoles remedio a la necesidad espiritual y material"[72].

Alguna, incluso, opinaría que "su caridad casi era excesiva para con todos. No podía ver una lágrima, sin que al momento procurase enjugarla"[73]. "Son muchos -coinciden en afirmar diversos testimonios- los pobres que han recibido de su mano alimento y vestido... socorros de distintas

70. TESTS. ESCR. 6, *Summ.*, p. 220.
71. TEST. 5, *Summ.*, p. 36.
72. TEST. 1, *Summ.*, p. 12.
73. TEST. 17, *Summ.*, p. 110.

clases"[74]. Muestra bien este aspecto de su caridad, el testimonio de una joven residente en Madrid-Princesa, mientras cursaba estudios de Magisterio: "En el orden temporal, nadie llamaba a la puerta que, si estaba necesitado, no fuera luego socorrido con algo. Mi madre y yo somos un ejemplo vivo de esta caridad..., mi madre vino a ser más que socorrida, amparada" [75]. Y el Teólogo Consultor V lo resume diciendo: "La forma, que no requiere ningún comentario, del amor al prójimo de la sierva de Dios se evidencia en su dedicación a los más débiles entre los débiles. Su predilección se iba 'hacia las niñas de más corta inteligencia'y también 'por los huérfanos y desamparados'..."[76].

Y es que M. Carmen no se limitó al socorro material sino que, como se ha señalado en el Proceso, "muchas veces, las obras de caracter temporal eran recursos que en sus manos se transformaban después en copiosos rendimientos de orden espiritual..." Cabría recordar aquí, entre sus beneficiarios, al carpintero de Almadén (Ciudad Real), reconducido a la fe por las religiosas, siguiendo la estrategia señalada por Madre Carmen: sonrisas, oraciones y... sabrosos platos de dulces... O a una pobre mujer de Valdepeñas, en la misma provincia, cuya mala vida, públicamente conocida, no fue obstáculo que le impidiera visitarla en su propia casa. O los albañiles que trabajaban en la casa de Madrid-Princesa, que acudieron a la Misa del día de la Inmaculada, por dar gusto a "esa monja que siempre sonríe" y hasta le enviaron, de su pobreza, un hermoso ramo de flores que la conmovió como el mejor de los regalos[77]. **Es que, como ella enseñaba, la bondad y el amor son contagiosos.**

74. TEST. 50, *Summ.*, p. 181.

75. TEST. 7, *Summ.*, p. 44.

76. *Relatio et Vota*, p. 51.

77. TEST. 1, *Summ.*, p. 12.

3. El prójimo más próximo.

El Teólogo Consultor IV ha sintetizado en pocas líneas la caridad de M. Carmen hacia el prójimo: "El amor de Dios resplandece en ella - asegura - en su prodigarse para el bien espiritual del prójimo. Lo demostró mediante la educación cristiana de las niñas, inculcando en ellas los genuinos principios de la fe, promoviendo la cultura de la mujer y prestando atención a los más necesitados. También la preocupación por las necesidades materiales estaba dictada por la caridad hacia el prójimo". Pero no deja de señalar una particularidad en razón de la cercanía: "Objeto de atenciones y de especial cuidado fueron especialmente las hermanas de su Instituto"[78].

En efecto, nadie más cercano al corazón de M. Carmen que sus hijas, "almas -decía ella- que Dios ha confiado a su cuidado y vigilancia". Y así lo pone de manifiesto el testimonio de un Hermano Marista: "Era un desvelo tan de madre el que sentía por todas las religiosas del Instituto, que no dudaba en sacrificar su propia vida en aras del mismo y de sus hijas"[79]. Así se explica también que respecto a su vivencia de esta virtud, el primer biógrafo, que la trató personalmente así como a muchas de las primeras concepcionistas, escribiera: "Toda su vida es un acto no interrumpido de caridad... en su trato con las religiosas, era toda para todas... tenía en cuenta hasta las cosas más insignificantes, siempre con la mira de que no les faltase nada... Con las enfermas, sobre todo, no reparaba nunca en gastos, nada escatimaba..."[80].

78. *Relatio et Vota*, p. 44.

79. TEST. 49, *Summ.*, p. 178.

80. GUTIERREZ, ROGELIO Sch. P., "Vida de la Rma. M. Carmen...", p. 377.

Era este sentir tan fuerte, que la oirían exclamar que antes estaría dispuesta a que faltasen los vasos sagrados, que las medicinas precisas para las enfermas. "Cuando entre nosotras había alguna enferma -declara una religiosa- aumentaba más y más su caridad, visitándolas en la enfermería y dándoles muchas veces por su propia mano las medicinas y alimentos"[81]. Del mismo modo, "si alguna religiosa estaba triste, o alguna alumna, solía llamarlas a su despacho para infundirles aliento por medio de palabras de aliento maternal"[82].

Si la enferma no se hallaba en la misma casa, le faltaba tiempo para escribirla y animarla: "Amada Sor Bernarda..., enseguida que esté bien, ya veremos qué clima le prueba más... Así que anímese y crea lo que sabe y es que la ama mucho, mucho, su muy afectísima... M. Carmen Sallés"[83].

Y si la disposición espiritual de la enferma, desaconsejaba el contacto epistolar, la caridad no conocía límites. Fue el caso de una de las hermanas muy de primera hora. A su grave enfermedad física, se unió una no menos grave dolencia síquica, que la llevaba a descuidar su alimentación e higiene, pero también su vida espiritual. Lo supo M. Carmen y se puso en camino. Habló con ella, la cuidó, la convenció... Y después de asearla con sus propias manos, la preparó para recibir adecuadamente los últimos sacramentos[84].

Sólo una cosa, decía, se sentía incapaz de soportar: ver morir a una de sus hijas. Gracia especial del cielo consideraron las religiosas el que ninguna muriese cuando

81. TEST. 16, *Summ.*, p. 105.

82. TEST. 9, *Summ.*, p. 58.

83. SALLES, CARMEN. *Summ., carta de marzo de 1911*, p. 416.

84. OLMO DEL, JOSEFINA. *"Recuerdos"*, AHCME 9.02/733.

M. Carmen se hallaba en una casa. De ella, tan fuerte en las dificultades, solamente se dice haberla visto llorar, y en más de una ocasión, con un único motivo: la muerte de las hijas... Como Cristo, ante el sepulcro de Lázaro[85].

Junto a la preocupación por la salud física o síquica, pero como base para ambas, estuvo su preocupación por el mantenimiento de una vida afectiva sana y equilibrada, en la que cada una era importante por sí misma. La testigo nº 17 recuerda la actitud de M. Carmen que "amaba a todas por igual"[86]; y la nº 2 comenta: "a nosotras nos inculcó que tuviéramos, para que reinara en nuestra comunidad la paz y la concordia, amor mutuo"[87]. Preocupación que, a su vez, subraya el II Teólogo Consultor: "La fundadora buscó al máximo que en la vida comunitaria no apareciese la diversidad, que imponía entonces el derecho eclesiástico, entre las hermanas "de coro" y las "coadjutoras" porque afirmaba -piadosamente- que todas ellas formaban parte del Cuerpo místico de la Inmaculada"[88].

El Apóstol Juan, experto en la caridad, nos dejaba una seria advertencia en su primera carta: "El que no ama a su hermano a quien ve, no es posible que ame a Dios a quien no ve" (I Jn., 4, 20). Carmen Sallés, que prometió seguir velando por los suyos desde el cielo, desde él nos repite con el autor sagrado: "quien ama a Dios, ame también a su hermano".

85. Cfr. GUTIERREZ, ROGELIO Sch. P., *Op. a. cit.*, p. 377.

86. *Summ.*, p. 91.

87. *Summ.*, p. 23.

88. *Relatio et Vota*, p. 45.

4. El prójimo más lejano.

El catecismo de la Iglesia católica, es decir, universal, se ocupa del bien común como un apartado significativo de otro más amplio referido a "la vida en Cristo". Y en su nº 1917 expone que "corresponde a los que ejercen la autoridad reafirmar los valores que... estimulan a ponerse al servicio de sus semejantes. La participación empieza por la educación y la cultura: 'Podemos pensar, con razón, que la suerte futura de la humanidad está en manos de aquellos que sean capaces de transmitir a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar' (GS 31,3)".

En anticipada sintonía con cuanto antecede, y particularmente con las palabras del Concilio, Carmen Sallés explicaba como finalidad de su Instituto "labrar la felicidad de las familias y de los pueblos mediante la educación cristiana de la niñez"[89]. Las niñas, por consiguiente, eran un eslabón de inquietudes más amplias, transmisoras de la gracia debidamente cultivada, a sus respectivos ambientes donde "sea delante de todos modelo de virtud y conducta cristiana y nunca desmienta que fue educada en una casa de María Inmaculada"[90].

Esta amplitud de su proyecto apostólico aparece ya en el primer artículo de sus primeras constituciones: "salvación de las almas y en especial de las niñas confiadas para su educación". "Ganar almas" era el lema que resumía sus urgencias en la segunda de sus fundaciones, en Segovia[91], pues bien advertían quienes la rodeaban que, en sus obras,

89. SALLES, CARMEN. Summ., carta del 15.10.1908, p. 403.

90. *Constituciones... 1893*", cap. XLIII, art. 10º.

91. TEST. 1,*Summ.*, p. 11.

"no obedecía a motivos humanos, sino que en todo veía la imagen de Dios"[92]. De modo que no perdonaba ocasión ni momento para su empeño en transmitir y contagiar a los más cercanos y a los que no lo eran tanto: "No se limitaba a sentir y practicar por sí... sino que su afán la llevaba a conquistar prosélitos, de modo que a nosotras nos inculcaba esta devoción primero con el ejemplo suyo, y después con sus exhortaciones cotidianas; y a las gentes extrañas recuerdo perfectamente que en las visitas ella intervenía muchas veces para interrumpir conversaciones banales sustituyéndolas por otras que iban encaminadas a promover la devoción de la época en que se encontraban, ya referidas a la Pasión del Señor, ya a la Encarnación en Navidad, ya a otros santos..."[93].

De igual manera, la preocupación por la extensión del Reino, no conoció barreras geográficas en el sentir de M. Carmen. Ciertamente, propagaba entre las religiosas y niñas el interés por las misiones, con la oración, el sacrificio y, cuando era posible, la limosna. Pero sentía que no era suficiente... Ya en las constituciones reelaboradas en 1908, con miras a su aprobación pontificia, insistía, en puntos organizativos como pudieran ser los Capítulos generales, en la posibilidad de la presencia de hermanas de otros países[94].

"Antes de morir, recuerda una de las hermanas más jóvenes que la asistían en su última enfermedad, manifestó deseos ardentísimos de fundar en el extranjero; y encomendó a las que la habían de suceder en el gobierno de la congregación, que si ella no lo lograba, lo hicieran sus sucesoras[95].

92. TEST. 24,*Summ.*, p. 123.

93. TEST. 16,*Summ.*, p. 101.

94. *"Constituciones... 1909"*, 2ª parte, cap. III, art. 2º.

95. TEST. 40, *Summ.*, p. 158.

No se reducía su deseo a los países necesitados de una mano hermana que acompañara su crecimiento en el binomio fe-cultura. Le preocupaba también el apostolado específicamente misionero, no siempre compartido por algunas hermanas; así, ante el caso de un conocido que se resistía a recibir los últimos sacramentos, aprovechó su secretaria, M. Providencia, la ocasión, para reprocharle: "Vea, Madre, como no es necesario ir al extranjero en busca de infieles, teniéndolos aquí mismo..." No la convenció. No advertían, quienes querían disuadirla, que "la caridad no acaba nunca" como diría San Pablo (ICor. 13,8). M. Carmen no sólo hubiera querido ser misionera, sino mártir. Cuando, en las delicadas circunstancias de los primeros años del siglo, la amenazaron unos obreros, la respuesta, inmediata, espontánea, salida de lo más hondo, fue casi un lamento de que aquello no fuera ya.

Porque no buscaba el aplauso por los servicios prestados, sino el bien de sus beneficiarios; como decía una de las hermanas de la primera hora: "muchas cosas buenas hizo en esta vida, pero nunca supe que buscara la gratitud entre los hombres"[96].

96. TEST. 14, *Summ.*, p. 91.